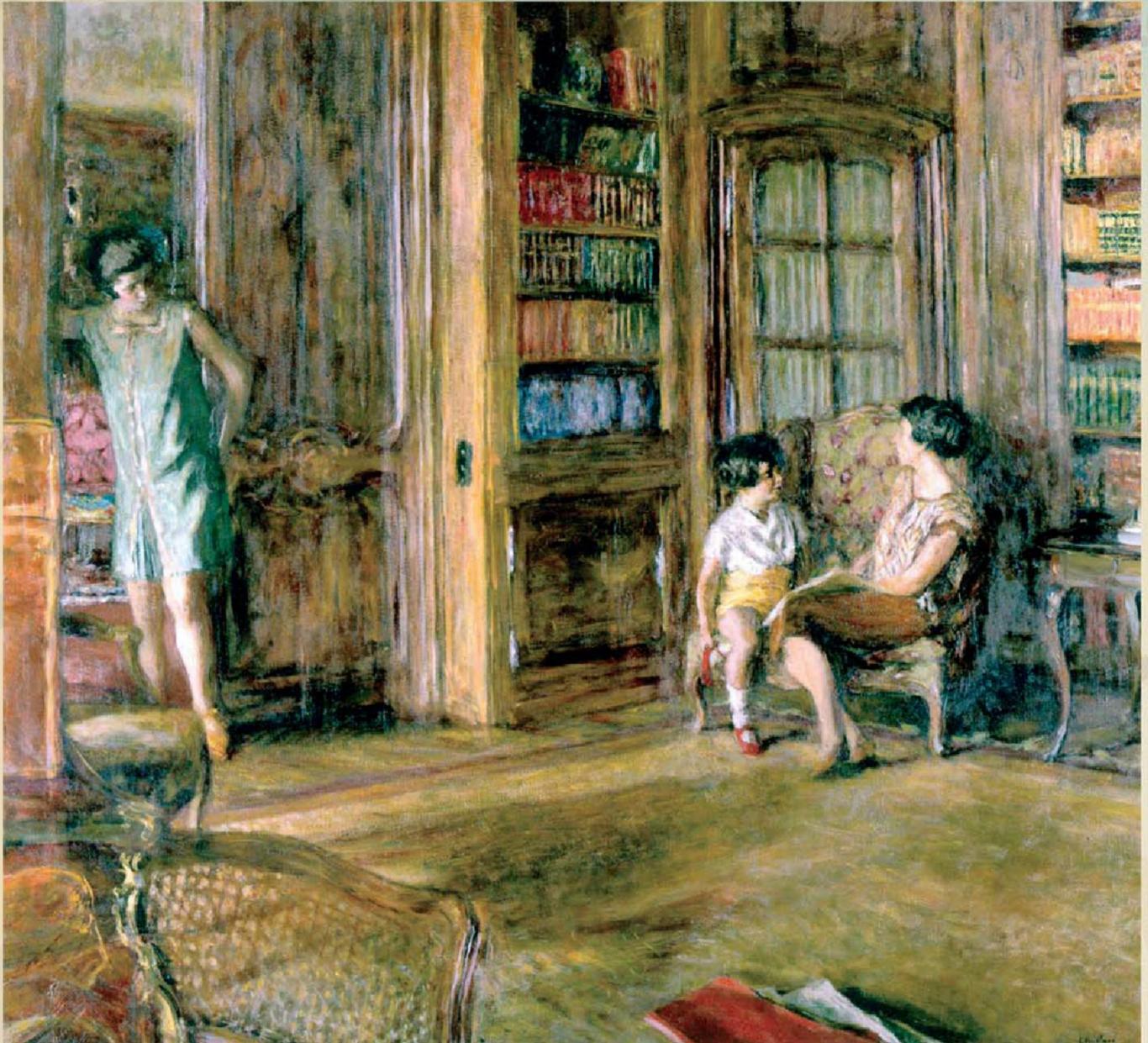


PLAZA DE SAN JUAN



“No pones la vida en los libros. La encuentras en ellos.”

A. BENNETT

SUMARIO

- Ignacio Galaz Ballesteros. LITERATURA DE ANDAMIO 3
- Carlos de la Sierra. POE: EL CUERVO Y LA MEMORIA 5
- Ignacio C. Soriano Jiménez. LECTURAS OBRERAS.
LECTURA COLECTIVA 7
- Santos Rivas. CLARO DE LUNA. EL INTRUSO 13
- José M^a Izarra. LUGARES COMUNES. ASUNTOS PROPIOS 15
- Alfonso Hernando. SILENCIO DE PALABRAS... 21
- Carlos Bolinaga. ES LA PRIMERA VEZ QUE NOS VEMOS 23
- Pedro García Tirado. APRENDIENDO A ESCRIBIR 24
- Alejandro Yagüe. 1988. ME EXPULSAN
DEL CONSERVATORIO DE BURGOS 25
- Santiago Herrera. BUENA PASTA 29
- Eduardo Nabal. DOS MUJERES 34
- Luis Carlos Blanco. ENTRE SEDA Y ANGORA
UN SORBO DE TÉ 35
- NOTICIAS NUESTRAS 39



DIBUJOS: ANTONINO PARDO BURGOS

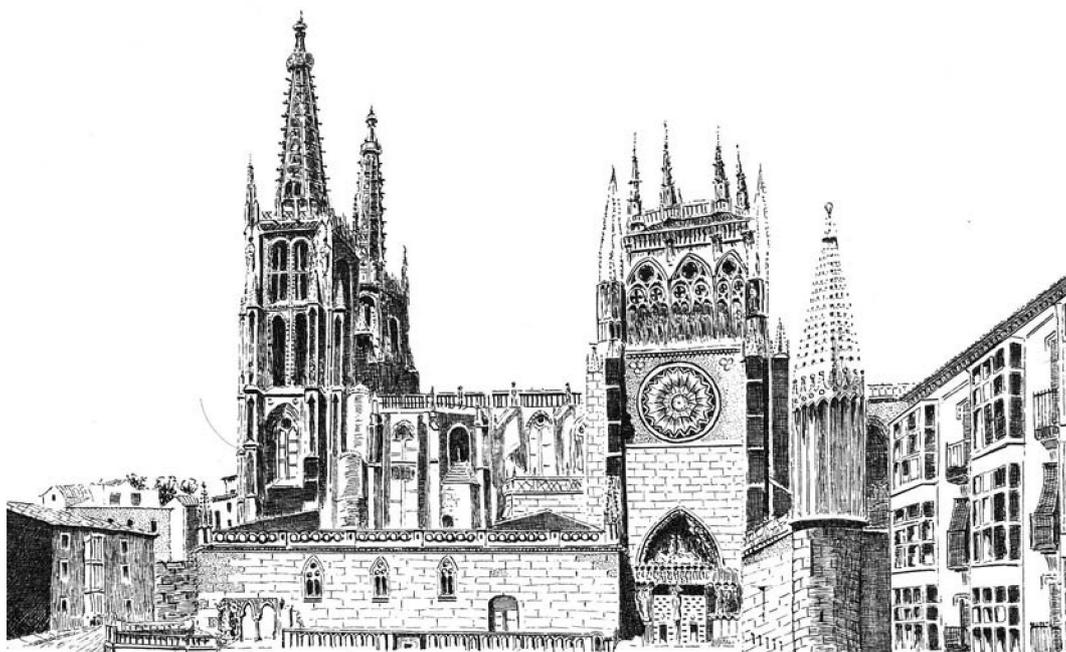
Nace en Las Quintanillas (Burgos) en 1928. Siempre interesado por el dibujo y la pintura en los últimos años ha desarrollado más ampliamente su afición, pintando óleos y acuarelas, éstas muchas veces realizadas en compañía de sus buenos amigos y reconocidos acuarelistas Pedro Saiz y Alberto Huerta. Pero su verdadera pasión es el dibujo a plumilla, en tintas chinas, en paisajes, principalmente de la catedral de Burgos y sus alrededores, realizando una amplia obra que ha mostrado –junto a sus cuadros– en numerosas exposiciones en Burgos, Sasamón, Santo Domingo de Silos y Coclina





LITERATURA DE ANDAMIO

IGNACIO
GALAZ BALLESTEROS



■ Treinta grados a la sombra. La cigüeña, con los pollos casi criados, alza el rojo pico y crotora. En un antiguo desván de una antigua casa del antiguo pueblo pacense de Barcarrota, una cuadrilla de albañiles se afana por adelantar tarea. Alguna teja rota permite el paso de la luz al interior, que tiñe de oro el polvo que flota en el doblado. Los golpes de la piqueta abren la pared de adobe como un cuchillo que hendiera el cuero de un puerco. De pronto todo se desmorona y el hierro se pierde tras la oscuridad del tabique. Cuando la piqueta, manejada por un peón, vuelve a emerger, lleva un librito ensartado. El oficial se acerca a ver qué es eso, pero el peón no se percata de su presencia y, decidido a continuar con la labor de ruina, casi lo hiere.

||Te voy a dar una hostia que los dientes van a parecer un bando de palomas!!

El chaval recula amedrentado. El oficial no es consciente de que, en su arranque de ira y posterior explosión verbal ha incursionado en la casa encantada del surrealismo literario. Qué talento.

La voz del moldavo con título universitario en literatura comparada que hace la masa en una artesa de plástico (los ladrillos sustituirán al adobe) distrae la situación. Ha sacado otro librito de las tripas del tabique y, mostrándolo al resto, dice:

–Mirrad, aquí pone *La vida de Lazarrillo de...*

–Trae acá –ordena el oficial, quien, con sus manos tremendas abre el ejemplar por el colofón y lee torpemente su línea última:

Plaza de San Juan

-M, D, l, i, i, i, j.

-Pero si lee deletreando
-dice por lo bajo el que
cepilla los ladrillos.

-Es una fecha en números
romanos -apunta el
moldavo.

El oficial se vuelve y le
inrepa:

-Y tú, que eres tan listo,
¿qué coño haces aquí
sudando el buzo?

El moldavo, que es
hombre pausado, res-
ponde:

-Porrrque en la univerr-
sidad de Chisinau el
sueldo erra muy peque-
ño.

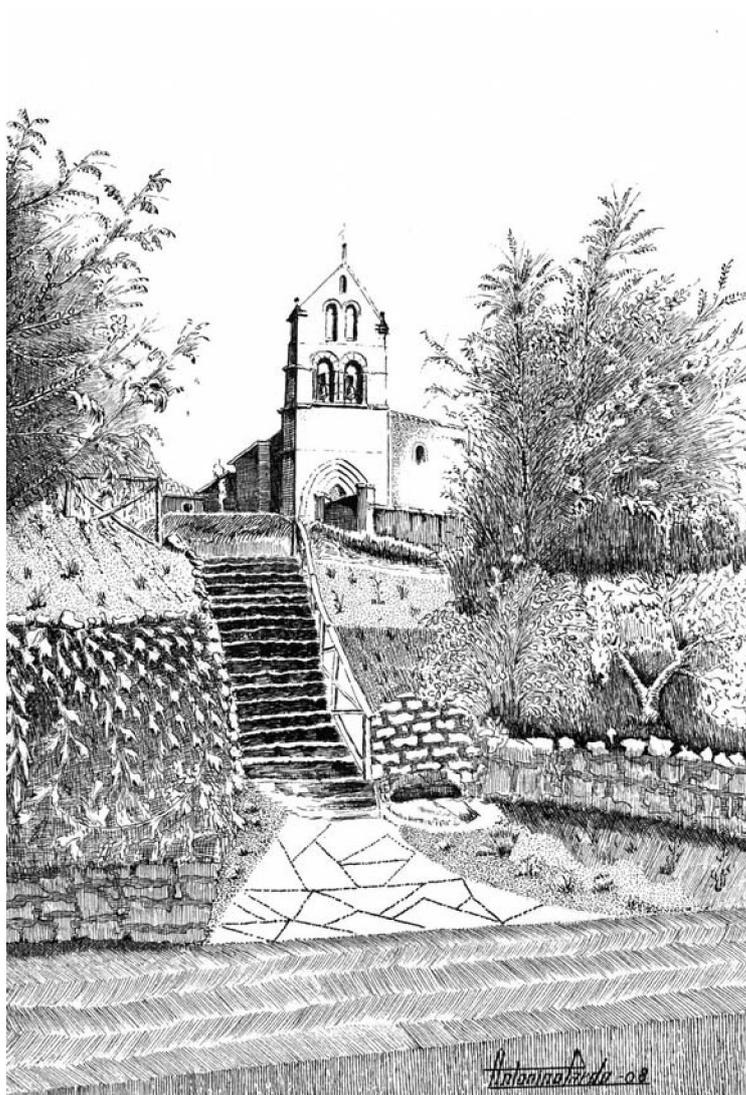
El polvo se ha disipado
en parte y el peón indi-
ca al resto que a través
del agujero se ven más
libros.

-¡Qué pena que no sean peluconas de
oro! -se lamenta el oficial.

-En mi ciudad unos obreros que arregla-
ban una carreterra encontraron una olla
con monedas de plata.

-¿Y qué hicieron?

-Quedarrse con ellas.



Coculina

-Joder con los mueldavos; y nosotros,
libros; tiene bemoles la cosa -chamulla el
oficial.

Tras la plática todos vuelven al trabajo. Por
suerte rompen lo que resta del tabique con
cuidado, van sacando uno a uno los peque-
ños volúmenes y abren bien los ojos, no
vaya a aparecer una orza repleta de doblo-
nes y puedan comprarse un Mercedes. ■



POE: EL CUERVO Y LA MEMORIA

BURGOS, ENERO DEL AÑO 2009 | CARLOS DE LA SIERRA
NOTA: JULIO GÓMEZ DE LA SERNA, POR LA TRADUCCIÓN DE LOS FRAGMENTOS DE *EL CUERVO*.

■ Adormecido, sentado en mi sillón, contemplo el crepúsculo de este día prodigioso. Siento la tentación de soñar con Poe, con su cuervo y su tragedia. Nunca más... Nunca más... Hace dos siglos el genio magnífico, protagonista de borracheras sublimes y narrador de verdades aterradoras, veía la luz macilenta de su infancia.

Notas de mi Diario (sin fecha)

Cuando me enfrento a los doscientos años que aprisionan mi condena, me cuesta comprender si avanzo o retrocedo al anotar los pensamientos.

I

*Una vez, en triste medianoche,
cuando, cansado y mustio, examinaba
infelices raros de olvidada ciencia,
mientras cabeceaba adormecido,
oí de pronto, que alguien golpeaba
en mi puerta, llamando suavemente.*

Mi mente se sintió transportada a un mundo desconocido, tenebroso, de apacible y memorable presencia.

Solo esto, y nada más.

II

*Recuerdo el mes helado de diciembre;
una a una, las ascuas moribundas
forjaban su fantasma sobre el suelo.*

Junto al lindero del bosque hay una casona de madera agrisada. Las tinieblas suici-

dan su inclemencia contra el feo espanto de la madera crujiente...

III

*Algún tardío visitante ruega
la entrada en la puerta de mi estancia.
En mi puerta golpea un visitante;
es esto y nada más.*

Estoy con el habitante de la casona, en el interior de su mundo polvoriento y lúcido. Tiene el pelo encrespado, los ojos escrutadores; el alma desganada.

IV

*Reanimada mi alma y sin más dudas,
"Señor -dije-, o señora, si no,
vuestro perdón sinceramente imploro.
Pero es que dormitaba y la llamada
vuestra tan leve fue, que apenas
supe si había oído tal llamada".
Abrí entonces la puerta por completo;
tinieblas, nada más.*

De nuevo debo interrumpir este Diario. La figura apesadumbrada de Poe me acompaña. Ha querido el azar que unos trocitos de la viruta de mi lápiz, fragmentos de la carne que alimenta el fuego inclemente, desprendan los aromas del material inmolado. Mi casa huele a roble, a encina, a enebro... a campos efímeros. El año ha comenzado su reinado con una extraña bonanza; se respira la maldita serenidad del presagio, siempre presente en el alma. No tiemblo, todavía.

V

*En lo oscuro atisbaba con ahínco.
Temor, asombro y dudas me invadían;
soñaba sueños que ningún viviente
osó nunca soñar. Todo seguía
envuelto en el silencio y en la calma.
Un sola palabra murmuraba,
y el eco, aquel "¡Leonora!" murmuraba.
Solo esto, y nada más.*

VI

Volví a mi estancia; ardía mi alma entera.

Llueven millones de gotitas de ácido, de veneno corrosivo; son miríadas de pensamientos que me invaden, me arrollan y se despeñan por las paredes desgastadas de mi interior. La pluma es más pesada que el pensamiento. ¡Qué lejos estoy de aquellos experimentos iniciales con los colores, en las calmas felices de las primeras investigaciones! Entonces parecía posible todo. Otra oleada de notas, de sueños, de miedos, de emociones, de recuerdos, me salpica. ¡Que se detengan!, grito. Mejor el olvido. Un silencio profundo, sordo, detiene mis lamentos... un instante. Con ánimo redoblado, inmisericordes y fieros, los pensamientos se arrojan sobre mis últimas defensas. Mi mano es lenta. La letra en el papel queda desgarbada, deforme.

VII

*Abrí el postigo, y con gentil revuelo,
entró entonces un cuervo majestuoso,
como en los santos días del pasado.*

*No me hizo reverencia, ni siquiera
un minuto vaciló. Con prestancia
de dama o varón noble, se posó
en el dintel, sobre un busto de Palas...
Allí quedó posado, y nada más.*

VIII

*Con su grave decoro, el feo pájaro,
como el ébano negro, mi tristeza
en sonrisa trocó. Y yo le dije:
"A pesar de tu cresta desollada,
cobarde no eres, ciertamente, cuervo
torvo, espectral, errando por el margen
de la Noche Plutónica. Revélame tu nombre".
El cuervo dijo: "Nunca más".*

Nunca más. La inmensidad, la condena infinita; la evocación interminable de estas palabras me hace palidecer. Es un cuervo, pero habla como un dios. Nunca más, repito una y otra vez; y a mi lado habita el desconcierto, el dolor. Dolor y rabia. Desaparecerá la esperanza, y su lugar será ocupado por un engendro maligno, lúcido y permanente, agobiante, que repetirá por siempre: nunca más.

IX

*El cuervo solitario, desde el busto,
una sola palabra pronunció,
cual si su alma fluyese en el vocablo.
Calló después, inmóvil el plumaje.
Yo apenas susurré: "Otros amigos
volaron ya. Cuando despunte el alba,
éste me dejará sin esperanza...".
El ave dijo entonces: "Nunca más". ■*



LECTURAS OBRERAS.

LECTURA COLECTIVA

IGNACIO C.
SORIANO JIMÉNEZ

■ No es que sea muy correcto el título que hemos elegido para este texto, ya que difícilmente una lectura puede ser obrera, patronal o clerical (por hablar de algunos calificativos). Pero es apropiado para el tema que nos ocupa, según veremos a continuación. Con frecuencia se habla del analfabetismo de las clases obreras en la España del siglo XIX y primera mitad del XX, pasando seguidamente a señalar el embrutecimiento de las mismas. Lo cual no deja de ser una especie de *leyenda urbana*, construida en su momento para argumentar la incapacidad que tenían sus integrantes de representarse a sí mismos y de expresar sus propias aspiraciones sin echar mano de líderes.

Leer en voz alta ante un auditorio –dice Pennac– es *dar de leer*. Hacer que un texto se dote de caja de resonancia. Estrechar el silencio pesaroso. Confiar en quien recibe. Confiar en quien lee. Escuchar. Dejar los oficios para otro momento. Soltar los músculos. Saber que hay personas delante. Abrir, inconscientes, ligeramente los labios. Abandonar los saberes. Sentir en el vientre el cosquilleo de los manantiales. Iluminar el rostro. Conectar con alguien extraño. Trovar en la taberna. Saberse con derecho al banquete de la vida.

La lectura colectiva la conocemos bien en Occidente desde que el abad Benito la instituye para su orden monástica en el siglo VI.



Todavía hoy se practica en estos centros, especialmente los de clausura. Hasta hace menos de un siglo, la mayor parte de la población utilizaba elementos orales y gráficos en su comunicación, ya que le eran suficientes para desenvolverse en el día a día. Y, además, quedaba deliberadamente alejada de la enseñanza. Estos analfabetismos o semianalfabetismos se compensaban con la lectura colectiva, habitual en hogares, mesones, portales, plazas, iglesias, conventos, monasterios, barcos, durante el descanso de los campesinos y en otras diversas situaciones, así algunas fábricas. A la fresca o al calor del brasero. Entrada la Edad Moderna, cada ciudad solía tener un lugar –escalinatas o pórticos– en los que se leían pliegos de cordel y, desde su nacimiento, gacetas. Por todo ello, las obras literarias, según consta en muchos de sus prólogos, se escribían también para oyentes. La lectura individual en silencio no se generaliza hasta bien entrado el siglo XVIII (y aún así sigue conviviendo en un tú a tú con la oral), en buena medida porque la Iglesia desconfiaba de ella (crea un mundo interior que escapa a su control) y porque en los ambientes académicos tampoco estaba difundida.

Las lecturas obreras de las que hablaremos no son, pues, originales en su forma, pero sí son singulares en su temática y en sus efectos. Aquí nos referiremos solo a tres situaciones –cigarreras, torcedores y campesinado andaluz–, pero las había muy otras. Por ejemplo, los trabajadores del corcho del Ampurdán –*tapers*–, antes de que se generalizase la mecanización del sector, se juntaban en cuadrillas en los portales y mientras trabajaban recortando con sus machetes, uno de ellos leía y recibía su cantidad proporcional del sueldo obtenido en la jornada.

¿Y qué se leía? Periódicos sobre todo (no había radio ni televisión), folletines y cada

vez más, según se llegaba a finalizar el siglo XIX, literatura anarquista, pues en España predominaba esta ideología en los ambientes obreros. Para ver cómo se hacía, leamos las palabras que un escritor nada sospechoso de revolucionario escribió en *El Imparcial* en 1901:

Estos libros, folletos y periódicos no se leen de la manera que los otros, ni corren igual suerte. El libro burgués (aceptemos la palabra), una vez leído, pasa a la biblioteca, en donde suele dormir tranquilo hasta que los hijos lo descubren, si se vuelven curiosos al crecer. Pero el lector de las obras anarquistas, obrero por punto general, no tiene biblioteca, ni compra los libros para sí solo. El firmante de este artículo ha presenciado la lectura de *La conquista del pan* en una casa obrera. En un cuarto que alumbraba quedamente una vela, se reunían todas las noches del invierno hasta catorce obreros. Leía uno de ellos trabajosamente, escuchaban los otros: cuando el lector hacía punto, sólo el chisporroteo de la vela interrumpía el silencio.

Las cigarreras

Uno de los colectivos que desmiente la leyenda de la que hablábamos es el de las cigarreras, oficio manufacturero frecuente entre mujeres y niñas en las fábricas de tabaco de Sevilla (creada en el siglo XVII), Alicante, Madrid, Gijón... en el siglo XIX. El salario, por encima de la media de otras ocupaciones, les suponía en muchos casos la independencia del hombre y de la Iglesia (se plantaban ante los *guindillas*, reprobaban el matrimonio...). Por ello, no se libraron de ser tachadas de *ligeras*. Fueron las inauguradoras del movimiento obrero femenino y de la solidaridad social,



Las Quintanillas

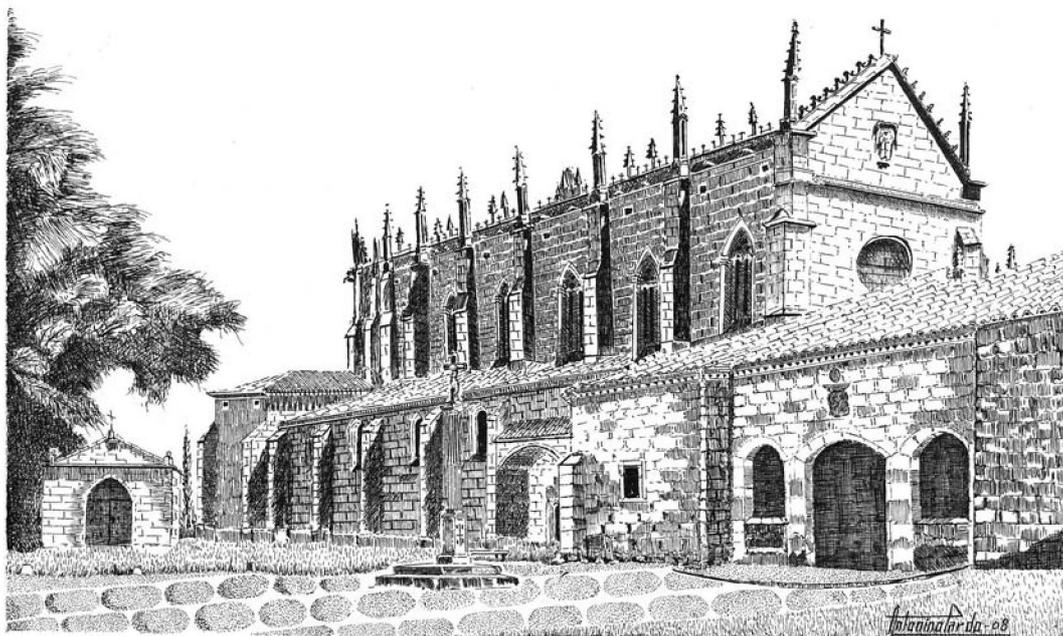
llegando a protagonizar revueltas sonadas ya en 1830¹. Al poco tiempo crearon hermandades de socorro mutuo para paliar los frecuentes contratiempos de su vida (enfermedad, accidentes, muerte...). Llevaban sus bebés al trabajo y los acunaban con una cuerda atada a las piernas mientras liaban el tabaco. Consiguieron salas de lactancia y guarderías en las fábricas, además de algunas escuelas (a diferencia del sufragismo europeo, les interesaban más los

derechos sociales que los políticos). Participaban en los clubs federales.

En obras tan sonadas como *Carmen* (1875), de Bizet, se resalta su figura. No es de extrañar, pues en Sevilla eran un núcleo de población importante, que, además, se hacía notar por su bullicio. En la fábrica se despojaban de ropa a causa del calor; agrupadas en mesas de seis, se disponían en naves a las que no se permitía la entrada de hombres. Tal vez por ello, bastantes obras literarias y artísticas se ocuparon de ellas (Palacio Valdés, Claretie, Löwinstein, de Amicis, Louys, Davillier...). Su pintor fue Gonzalo Bilbao (especialmente con el óleo de 1915).

Y la lectura contribuyó a esta emancipación: el trabajo podía realizarse en silencio, lo cual posibilitaba que uno de los oficios fuera el de lectora en las fábricas. Se mezclaban las hebras de tabaco y las palabras. Eran los periódicos, principalmente, los que abrían la puerta a un mundo sin ataduras, reivindicativo, libre, esperanzador. Emilia Pardo Bazán en su obra *La Tribuna* (ambientada en el sexenio revolucionario, 1868-1874) nos dice: «En cada taller hay dos o tres lectoras de noticias. Sus compañeras les abonan el tiempo de

¹ Entre otras, puede verse la obra de Claude Morange, *De manola a obrera. La revuelta de las cigarreras en Madrid de 1830* (Estudios de Historia Social, 1980). También la de Ana Muiña, *Rebeldes periféricas del siglo XIX* (Madrid, La Linterna Sorda, 2008).



trabajo perdido». Paco Ignacio Taibo, por su parte, nos habla en *Para parar las aguas del olvido* de los recuerdos de su abuela materna como lectora en la fábrica de tabaco de Gijón.

A finales del XIX llegaron las máquinas de liar –el ruido– y con ellas las huelgas para destruir estos artefactos, en las que ya destacaron mujeres leídas como María la Niña y Victoriana la Muñeca.

Los torcedores. Lector de tabaquería

En pocos ambientes la lectura colectiva ha tenido un impacto tan significado como en las tabaquerías de Cuba y Florida (Tampa, Ybor). A finales de 1865, un emigrante asturiano, Segundo Martínez, que trabajaba de torcedor –quienes tuercen, sentados en los vapores, las hojas de tabaco para elaborar

habanos– en la fábrica El Fígaro, propuso (recogiendo indicaciones anteriores) introducir la lectura en alto con el fin de proporcionar a quienes trabajaban los beneficios de la misma: instrucción, alimento para la mente, bálsamo del corazón... El propietario –Partagás– estuvo de acuerdo e, incluso, levantó un estrado para situar a quien leyera. «Con ello –pensaba–, el ambiente será silencioso y el sosiego calmará los ánimos, ahorrando disputas, lo cual redundará en una mayor productividad.»

Había nacido, así, la figura del lector de tabaquería², la cual se extendió con prontitud a otras fábricas (no todas lo aceptaron). De nuevo se mezclaban las hojas –las de tabaco y las de papel–. En un principio se realizaba la lectura por turnos. Después fue recayendo sobre quien mostraba mayores cualidades. Podía estar pagado por la empresa o por quienes trabajaban, en cuyo

² Para quien desee ilustrarse, puede consultar el reciente libro de de Araceli Tinajero, *El lector de tabaquería* (Madrid, Verbum, 2007) o pueden echar un vistazo al artículo de Lily Litvak.



caso tenían libertad de elegir las lecturas y, al finalizar, de rifar las obras. Lo perentorio era estar al día, escuchar las noticias; de ahí que los periódicos se escribieran tanto para la gente letrada como para la analfabeta. A continuación, con el correr del siglo, llegó el turno de los folletines sentimentales y de obras de tono reivindicativo (a poder ser, mezclados), por lo que se leyeron: *María, la hija del jornalero*, de Igualds de Izco; *Germinal*, de Zola; *La conquista del pan*, de Kropotkin; *Casa de muñecas*, de Ibsen; o *Los miserables*, de Victor Hugo (autor que escribió a los obreros de Partagás agradeciendo que lo acogieran).

Tal fue su éxito que los poderes públicos y quienes explotaban el negocio se asustaron enseguida y trataron de controlarlo. Ya se sabe, hay que guardar el *equilibrio social* –*vamos en el mismo barco, etc.*– que tanto ha costado conseguir, y el estrado era un púlpito molesto si quedaba en manos ajenas. En 1866 el gobernador general de la isla prohibió su ejercicio, que se reanudó unos años después. El sector de tabaquería fue el primero en crear un sindicato y sacar adelante mejoras laborales y salariales. Se abrieron escuelas. En todo ello fueron significativas las ideas y lecturas llevadas por la emigración española e italiana. También creció en él el independentismo. José Martí (que fue lector de tabaquería) decía que la lectura en la fábrica era tener «la mesa de pensar al lado de la de ganar el pan». Bastantes de las figuras de primer orden que actuaron al instaurarse la república en la isla, se habían formado en estos ambientes.

Se creyó que la introducción de la radio en las tabaquerías –en 1923 lo hizo la prime-

ra– iba a acabar con esta figura señera, pero no fue así. Vino después la dictadura de Batista. Y... en esto llegó Fidel y se terminó la molesta tarea de decidir qué es lo que se va a leer: el Partido es muy sabio.

elapostolado

Podríamos subtitular: *el campesinado andaluz*. Andalucía, especialmente la Baja, vivió el último tercio del siglo XIX y el primero del XX un despertar obrero notable, acompañado de conmociones sociales que reivindicaban su emancipación, las cuales asustaron a las fuerzas vivas y fueron reprimidas duramente. Su devenir nos ha dejado nombres que todavía hoy evocan estas luchas: La Mano Negra (1883), los Sucesos de Jerez (1892) o la matanza de Riotinto (1898). Poco se sabe de las escuelas obreras que proliferaron en este tiempo. Nos contentamos con tachar de analfabeta a esa sociedad. Pero paremos en un dato: de los siete jornaleros ajusticiados acusados de pertenecer a La Mano Negra en 1887, cinco sabían leer y uno ejercía de maestro.

Juan Díaz del Moral (1870-1948), notario, fue testigo de aquel ambiente. Su curiosidad le hizo ahondar en el conocimiento de los hechos y, con lo adquirido, publicó un libro en 1929 (*Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*)³ que nos deja estas descripciones: «...no olvidaremos nunca el asombroso espectáculo. En el campo, en los albergues y caseríos, dondequiera que se reunían campesinos, a las habituales regocijadas conversaciones de variados asuntos había sucedido un tema único, tratado siempre con seriedad y fervor: la cuestión social. En los descansos del trabajo (los

ⁱⁱⁱ Díaz del Moral, Juan, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas (Córdoba). Antecedentes para una reforma agraria*. Madrid, Revista de Derecho Privado, 1929 (Gráfica Universal), 584 p. (Apéndices). Varias reediciones en Alianza Editorial a partir de 1967.

cigarros) durante el día, y por la noche, después de la cena, el más instruido leía en voz alta folletos o periódicos, que los demás escuchaban con gran atención [...] ¡Cómo! ¡Pero si todo aquello era la verdad pura, que ellos habían sentido toda su vida, aunque no acertaran a expresarla! Se leía siempre; la curiosidad y el afán de aprender eran insaciables; hasta de camino, cabalgando en caballerías, con las riendas o cabestros abandonados, se veían campesinos leyendo; en las alforjas, con la comida, iba siempre algún folleto.»

Se leían periódicos anarquistas y anticlericales: *Tierra y Libertad*, *El Corsario*, *La Conciencia Libre*, *El Productor*, *La Anarquía*, *El Rebelde*... o folletos y libros: *En el café*, *Entre campesinos*, *Las ruinas de Palmira*, *El 1.º de Mayo*, *La conquista del pan*, *¡Huelga de vientres!*... Esa «verdad pura» que expresaban los textos era que toda persona, por el hecho de nacer, tiene derecho al banquete de la vida y que nadie es digno de acumular riquezas con el trabajo ajeno. Se hablaba, además, del respeto a la mujer y la igualdad de sexos en el hogar y en la sociedad; el amor a la naturaleza y a la cultura; la lucha contra el alcoholismo, el tabaco y los juegos de azar; el control de natalidad; la inutilidad de la política; los abusos del clero y del ejército...

Los hombres y mujeres que propagaban estas lecturas –testifica el notario de Bujalance– eran apóstoles de La Idea, «...incrustada en el cerebro y en el corazón de hombres de gran temple de carácter [...] han cruzado los caminos de la vida de espaldas casi siempre con la fortuna, en áspera lucha con el medio, acosados a veces, sin claudicación, sin un desmayo». Finalmente –sigue diciendo–, se creó un ambiente de armonía que consiguió en unos años lo que la Iglesia no había logrado en casi dos siglos: terminar con las rencillas entre pueblos vecinos y entre la misma gente del lugar.

el silencio

Apenas nada resta hoy del aquel ambiente, de aquel entusiasmo por cambiar el orden injusto, de aquel descubrimiento de la ecuación social. Elementos que tenemos, precisamente, por conquistas tuyas –la educación obligatoria y el acceso a los bienes de consumo– han dado paso a una sociedad muy distinta de la que imaginaron quienes leían y escuchaban textos novedosos, de luz, hace un siglo. Vivimos entre obligaciones que se nos tragan. Asumimos, por natural, la dependencia... Tal vez, a la vuelta de aquella esquina, se halle alguien con el libro en la mano. ■

CLARO DE LUNA

DEL LIBRO *RINCÓN DEL TIEMPO* | SANTOS RIVAS

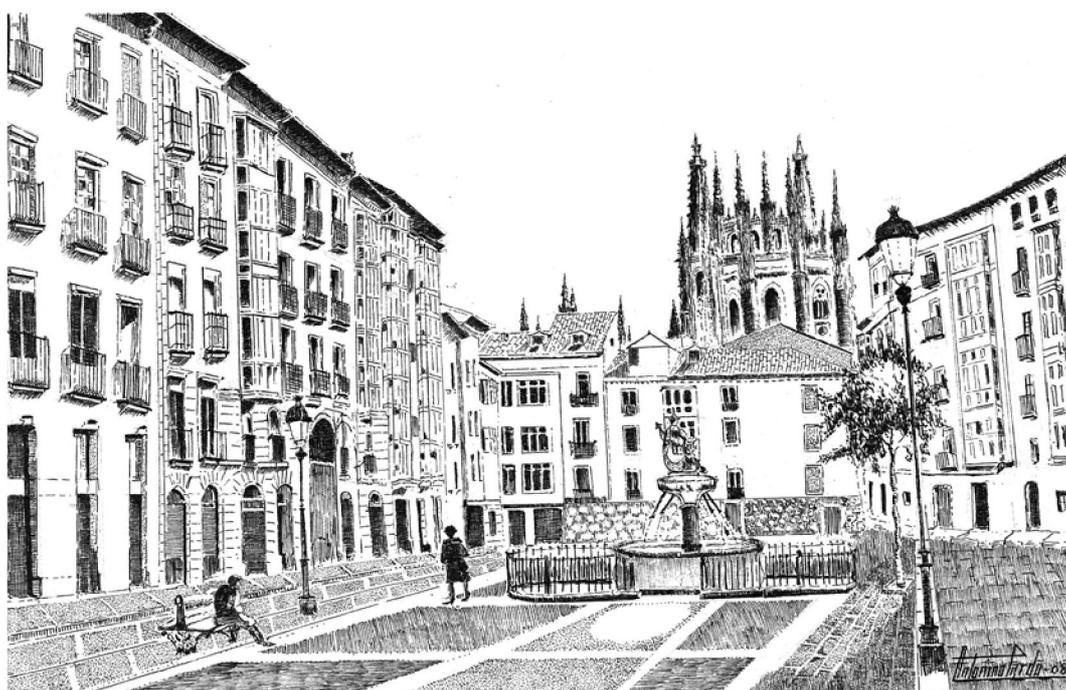
Golpean suavemente las notas del piano
al día gris,
al cielo gris,
ceniciento,
y suena la música
lenta y leve.

Lloran los cristales.
El alma resbala
como gotas de agua
arrastrando melancolía
por los cristales.

El día es gris.
El cielo es gris.
Se palpa la levedad.
Llueve añoranzas.

Suena la música.
Se escucha una sonata.
Llueve... pegados a la ventana
siente escalofríos el agua.

El alma
se ha empapado de nostalgia.



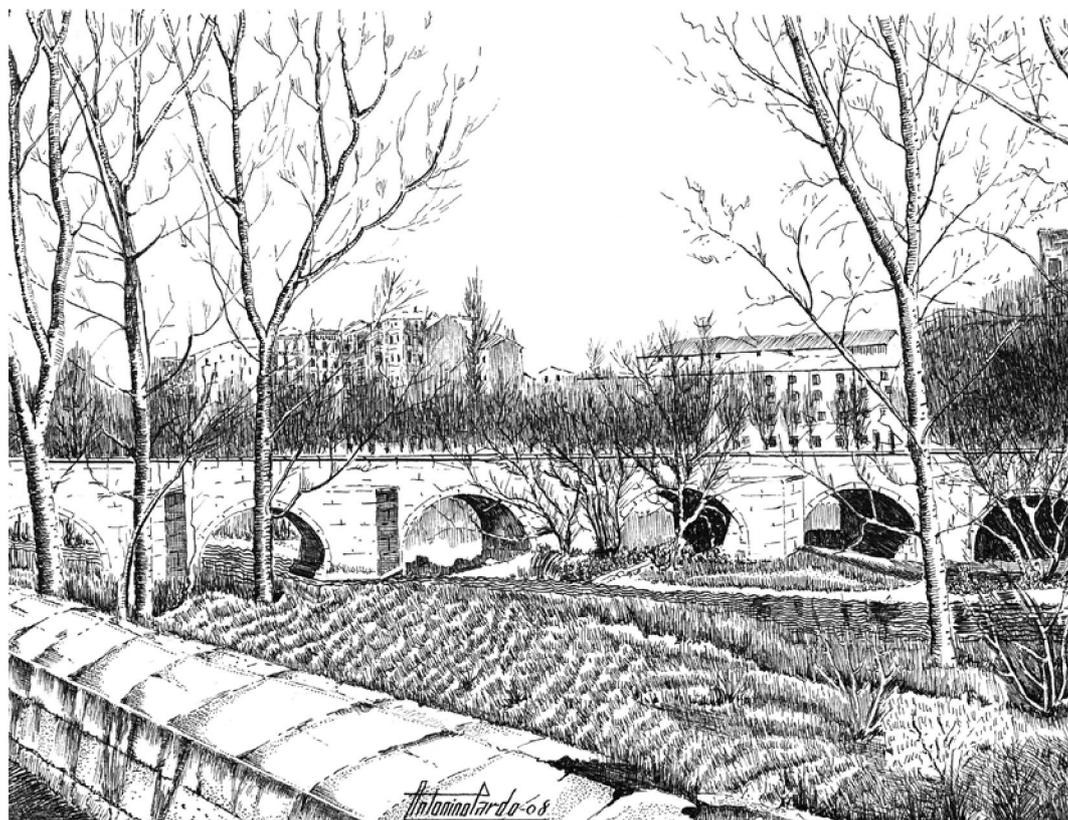
EL INTRUSO

Vino leve como el rocío.
Llegó dulce como el amor.
Suave llamó a la puerta
y aunque nadie le invitara
con paso firme entró.

¿Quién es?
¡Dime, amor!

Leve como el rocío.
Dulce como el amor.

Suave llamó a la puerta...
Mariposa se tornó.
¿Quién es?
¡Dime, amor!
Ser... estar... pasar.





LUGARES COMUNES, ASUNTOS PROPIOS

DE JULIO A. PÉREZ CELADA | JOSÉ M^a
(EDITORIAL: DOSSOLES, BURGOS, 2008. PRESENTACIÓN:¹ LUNES, 19 DE MAYO²) | IZARRA

■ Lleva diciéndome Julio desde hace más de 20 años que el emisor literario (resulta indiferente el medio o soporte que haga viable el mensaje), para realizar bien su tarea, debe hablar (escribir, versificar, dictar...) acerca de lo que conoce, y yo llevo ese mismo tiempo dándole la razón porque también estaba convencido de tal cosa; pero, miren ustedes por dónde, ahora que me ha dado por pensar en el asunto, he llegado a la conclusión de que nunca he hablado de lo que conocía (bien es verdad que tampoco estoy seguro de haber sabido nunca nada). Tampoco de lo que me preguntaban o proponían, más bien de todo lo contrario. En cualquier caso, tengo el permiso del autor para disertar a mi antojo sobre lo que me apetezca. A discreción, como nos indicaban en la mili que disparásemos cuando teníamos enfrente a los estafemos de paja que figuraban de enemigos.

Inconsecuente con mi habitual forma de proceder en relación con estos eventos, al menos momentáneamente, me voy a permitir ofrecer una brevísima opinión sobre el libro objeto de este acto y sobre quien lo firma. En cuanto al libro, lo es de poesía científica, mas no porque contenga poemas

que teorizan sobre la creación del universo, el origen del hombre y otras cuestiones por el estilo, como es característico y definitorio de tal modalidad en el ámbito académico, sino porque en su elaboración ha sido utilizado el método inductivo-deductivo (científico por antonomasia), esto es, el que partiendo de lo particular llega a formulaciones generales, y viceversa. Ningún fleco, ningún vacío explicativo en su desarrollo, más narrativo que lírico, como no podía ser de otra manera. Y, además, con la palabra justa, el preciso adyacente y la sintaxis del español. Pues bien, aunque, por lo expresado, pudiera inferirse que *Lugares comunes, asuntos propios* es un poemario frío y sin alma, nada más lejos de la realidad: se trata de un libro rotundamente sentimental (melancólico, sobre todo; hay que subrayar este matiz), y lleno de pulsos y hasta de palpitaciones. Por lo que respecta al autor, creo que lo aquí dictaminado acerca de su libro podría valer perfectamente para trazar el retrato exacto de su catadura psicológica. Podría añadir que es un ser tan hosco como buenazo, pero se enfadaría conmigo si lo hiciera.

Expuesto lo cual,³ debería ahora tornar a lo mío, a mi inconsecuencia: a hablar de

¹ El texto infrascrito fue leído por mí el día de la fecha con motivo de la presentación del libro referenciado.

² El lector atento se preguntará el porqué del desfase entre la fecha de presentación del libro y la de publicación del presente texto. Sin que sirva de precedente, satisfaré su curiosidad: porque ha sido ahora cuando se nos ha ocurrido airearlo al autor del libro y a mí. De cualquier forma, el lector avisado no debiera hacerse tantas preguntas.

³ Si uno fuera cabal, el día de autos habría prescindido del primero de los dos párrafos largados hasta el momento; pero debería haber desechado asimismo todos los que van a continuación; es decir, que una vez leído el segundo tendría que haberme callado la boca. Bien es verdad que, de haber procedido así, la cosa hubiese quedado parca, y yo, desconsiderado. Que hubiera tenido que escribir del autor como autor y del libro como tal libro... cierto es; pero tampoco iba a meterme en camisas de once varas. Para hablar del autor, estaba el propio autor y el editor, Fernando Arnaiz, y para comentar su obra, se sentaba a la mesa una autoridad en materia de crítica literaria, el profesor Francisco Quintana Docio. Así que me dediqué a representar el papel de un bufón hipocóndrico. Pero qué digo a representar... a mostrarme como soy.

lo que no sé, de lo que nadie me ha preguntado, de lo que no procede en este momento y, además, de lo que me preocupa; esto es, de mi salud, sus aledaños y temas más o menos concomitantes, como ya he hecho en otras ocasiones. Pues bien, no voy a ponerlo en práctica; voy a hablar de todo eso, pero referido a otra persona, hipocondríaca como yo. Me contaba este sujeto que, hace unos pocos días, ante la sospecha, auspiciada por los médicos y que luego se ha revelado fallida, de que sus riñones pudieran albergar alguna que otra piedra, le surgía el siguiente interrogante: “¿Por qué nuestro planeta tarda miles (incluso millones) de años en fabricar roca caliza, y determinados organismos de la especie humana llevan a cabo esa tarea con una eficacia y celeridad infinitamente mayor?” Se preguntaba, asimismo, quién gobernaba en sus asaduras y por qué desplegaba aquella inquina hacia su persona. En esto, enmudeció durante algunos segundos. Se frotó los ojos y me anunció su intención de recapitular. “Veamos”, dijo. Por un lado, estaba él, tal y como se presentaba ante mí, y por otro, el mundo, la sociedad que bajo su piel se guarecía y ocultaba, venga a hostigarlo por imperativo de su dux. (Hizo hincapié en lo de dux, puesto que, a su entender, el régimen político aglutinante de tal sociedad no podía ser otro que el fascista.) Una sociedad que se imaginaba perfectamente cohesionada, con mucho orden y muchos uniformes y gallardetes, dividida en dos estamentos (el de los ideólogos y el de los obreros, todos afiliados al Partido Único), sin conflictos aparentes entre ellos (salvando las distancias, algo semejante a lo que debía de suceder en las colonias de hormigas), con un ideal y lema prioritario como razón de ser: destruirlo. ¿Y en qué tipo de economía hundía sus cimientos?, proseguía interrogándose. Parecía claro que en una sumamente especializada, basada en la explotación de áridos (“Soy una mina”, me participaba) y en la industria de transformación de éstos en materiales de construcción (principalmente

piedra caliza y arenisca), y con escasa importancia del sector terciario, representado por dos áreas de actividad: transporte y propaganda. El transporte, para acarrear sustancias, materiales y la maquinaria y herramientas (“de importación, supongo”, ironizaba) ineludibles para llevar a efecto una concienzuda labor de zapa y derribo. La propaganda, para animar al personal. “Cantando y repitiendo consignas, los militantes de base se rayan de tal modo que son incapaces de la más mínima reflexión”, me apuntó textualmente. Sin duda, aquella sociedad estaba tan fuertemente cohesionada como el cuarzo, feldespato y mica en los bloques de granito. Así que en seguida –torció el gesto en una mueca de preocupación– se le había caído la principal esperanza que se le suscitara para curarse del mal descrito: la de que en el estamento obrero prendiera la llama revolucionaria que propiciase el derrocamiento de tan dañino régimen. En su defecto, hizo propósito de beberse todos los embalses que fuesen necesarios a fin de provocar un tsunami que no dejara ni rastro de la civilización que lo había colonizado con el afán de esquilmar su salud.

Y esos eran los trajines en los que se había estado ocupando durante unas cuantas jornadas. Pero una ecografía había mostrado que ni en los riñones ni en las vías urinarias albergaba piedras este buen hombre. Así que vuelta a empezar. “Otra de médicos –me explicaba–: uno, mea en este bote; otro, sácate un tubito de sangre; otro más, hazte una radiografía; y otro, te voy a meter este colonoscopio por donde ya te puedes figurar (como si uno fuese maricón).” En fin, que estos juramentados de Hipócrates lo tenían mareado y jodido: primero, le mandaban a los laboratorios y especialistas (los cuales, por su parte, procedían a emplazarlo para fechas futuras y más bien lejanas, a fin de realizarle los análisis y exploraciones oportunos), y después, le obligaban a pedirles nueva cita para



entregarles los informes correspondientes. Le daba en la nariz que ninguno de los concernidos estaba dispuesto a quedarse con el paciente (ellos lo llamarían “muerto”), y se veía azacaneado como la falsa moneda en la canción del mismo título. Hoy, 19 de mayo de 2008, aún se encontraba metido en pruebas. Tenía miedo —me ha comentado—, apenas lograba conciliar el sueño, y estaba ansioso por saber concluyentemente lo que le sucedía. Aunque, por otra parte, juzgaba que sería mejor no llegar a enterarse jamás. Porque, en estos días malhadados, había llegado a intuir (no sé si alguno de ustedes ha pasado por una situación como la descrita y se les ha venido idéntico sofisma a la cabeza) que, seguramente, el secreto de la eternidad está en demorar todo tipo de desenlace o respuesta. Me lo ha dicho completamente en serio. Y, seguidamente, ha concretado: “Muy raro es el enfermo que la palma durante el proceso diagnóstico, salvo en las autopsias. La mortalidad, en cambio, se hace bien patente en el transcurso de cualquier intentona terapéutica.”

Tras pausa corta, y habiéndome comunicado previamente que no quería en absoluto que terminasen ya sus días y que nunca le había gustado mentar a la innumerable (cruzó los dedos), me contó que, sin embargo, casi se había convencido a sí propio de que hablar de ella pudiera constituir un buen procedimiento para conjurarla, si no definitivamente, sí al menos por otros 50 años. “Como quiera que sea, supongamos que uno llega a aceptar su propia muerte”, me dijo, encañonándose con el índice. “Sea” —prosiguió. Y añadió en seguida—: “Y sea según la religión de mis mayores la misa funeral.” (En este preciso momento hizo un breve inciso para aclararme que a él Dios no le caía mal del todo.) Después, acercándose a mí y haciéndome un gesto para que correspondiera con una maniobra análoga, me confesó que él, cuando visualizaba el ataúd, se ponía del hígado, encéfalo y médula espinal. Y que sus neuronas se negaban a componer la imagen

con su cadáver dentro..., incluso sin la tapa. Concebirse con la tapa echada, estaba seguro de que le provocaría en el acto un síncope fulminante. Agregaba luego, para mayor abundamiento, que tampoco era capaz de imaginarse la exposición de sus restos en el escaparate de la sala para velorios que le cayera en suerte. Y que se quedaba bloqueado cuando intentaba dilucidar entre incineración y enterramiento. Por un lado, creía percibir cómo las llamas iban churruscando su piel; por otro, la asfixia lenta y el cansancio progresivo que le producía el peso creciente de la tierra que iban echándole encima. Lo negaba todo y se negaba en tales avatares. A él que le diesen





el mar y los paisajes amplios, más bien húmedos y verdeantes, más luminosos que soleados, y la capacidad de poder sobrevoarlos en estado de ataraxia. En todo caso, prefería continuar aquí, cotizando a la Hacienda pública, cuya sola mención lo impelió de inmediato (misterios de la mente) a recitar el primer verso del *Romance del prisionero*: “Que por mayo era, por mayo.”

Olvidándose un poco de sí mismo, me largó a continuación que los que habíamos vivido en tiempos de Franco y con posterioridad a él y leído periódicos antes de que aparecieran *El País* y *El Mundo* (citó *Pueblo y Arriba*), y escuchado la radio y visto la televisión de entonces y la de ahora, sabíamos que la aparición de las secciones dedicadas a la salud en la prensa escrita, y de los programas de iguales contenidos en todas las cadenas de televisión y emisoras de radio, constituía la diferencia fundamental entre esas dos épocas. Espacios dedicados a la salud, pero del cáncer, con noticias a cual más desalentadoras y titulares como, por ejemplo, el siguiente: “Uno de cada dos hombres y una de cada tres mujeres padecerán un tumor maligno a lo largo de su vida.” Se preguntaba: “¿Y a qué fin?” ¿Para tenernos quietos, sumisos y acobardados? ¿Para hacernos más fácilmente gobernables? “Cuánto mejor estaba el hombre –suspiró a modo de corolario– cuando se moría de enfermedades anónimas.”

Siguió narrándome, sobre todo chismes y contingencias relacionadas con los médicos, hasta que le corté aduciendo que ya no llegaba a mi cita con el proctólogo (que es el galeno experto en almorranas) y que todo lo que me estaba contando no me pillaba de sorpresa, ya que mi menda también se hallaba entre las víctimas de quienes, paradójicamente, debían procurar por nuestra salud. Adiós. Adiós, adiós.

Y bien, puesto que finalizar aquí y así, me parece de una abrupción rayana en lo desconsiderado,⁴ se me ocurre que, posiblemente, no estuviera de más, por segunda vez en un misma disertación y sin que sirva de precedente, volver a la inconsecuencia,⁵ esto es, al libro y al autor de que se trata; que me diga, a mi propia inconsecuencia, lo que significa conducirme de la

⁴ Se diría que a mí todo lo que me parece breve me resulta, a su vez, descortés. Debiera hacérmelo mirar.

⁵ Fiel a mí mismo, caigo en la inconsecuencia cuando digo que vuelvo a ella. La inconsecuencia es mi hábitat, y, fuera de ella, no podría subsistir.



forma que en mí no es habitual y que, hoy, dada la coyuntura, efectivamente, comporta, además, discurrir sobre mi amigo Julio y su quehacer literario, o puede que sobre mi amigo Julio en contubernio con este discursante; o quizá decida actuar consecuentemente y proceder desdiciéndome del planteamiento esbozado, para que no sea tan perceptible mi ignorancia respecto de las propuestas recogidas en él. Ya veremos. Sobre la marcha.

Julio y yo nos conocimos allá por el año 77 del pasado siglo, en la representación de un belén agnóstico⁶ (así que bien podría apostillarse que en extrañas circunstancias): Julio hacía de Virgen y yo, de San José... ¿O era al revés? Sea como fuere, de lo que sí estoy seguro es de que nos turnábamos para dar el biberón (que rellenábamos con sidra achampanada El Gaitero) al Niño Jesús, barbudo e insaciable, dicho sea de paso.

Nos unen muchísimas cosas. Una de las más importantes tal vez sea esta ciudad. Ambos hemos residido desde siempre (y residimos todavía) en la zona sur, y en nuestros buenos años atravesábamos el río (lo que, en expresión acuñada por Julio, ha pasado a denominarse entre nosotros “cruzar el Rubicón”) al menos un día por semana. No sé qué milagro esperábamos que aconteciese al otro lado, en la otra orilla, pero, desde luego, al contrario que César, nosotros siempre acabábamos volviendo sobre nuestros pasos, con un mohín de disgusto dibujado en las comisuras de la boca, la sensación de haber sido derrotados, y envueltos en el silencio nocturno, que de trecho en trecho rompíamos unas veces él

(“¿Nos ama Dios, amigo Izarra?”) y otras yo (“Julio, ¿Dios nos ama?”). Al despedirnos, fallábamos, como jueces (las cigüeñas crotoran, los elefantes barritan, los jueces fallan), que Dios no nos profesaba ninguna inclinación, pues, de lo contrario, se nos hubiera aparecido para invitarnos a una ronda de ambrosía. En fin... Decía que una de las cosas más importantes que nos unen a Julio y a mí tal vez sea esta ciudad, a la que amamos profundamente. Cómo no querer a una ciudad que últimamente está haciendo acotaciones al nombre de alguna de sus calles para tener mejor informados a los transeúntes. Así, calle de Obdulio Fernández (entre paréntesis, farmacéutico), calle de Luis Cernuda (entre paréntesis, poeta), o calle de Eulogio Izarra García (entre paréntesis, tu padre –el mío–). Coincidimos, ciertamente, en esta afección a Burgos. Ahora bien, preferiríamos sobrevivirla a que nos sobreviviera, a pesar de que somos conscientes de que tal deseo resulta poco menos que irrealizable. Tendría que ocurrir una hecatombe circunscrita a los límites del municipio el mismo día en que nosotros nos halláramos de excursión, por ejemplo, en la vecina Palencia.⁷

A Julio, como a mí, y en más de una ocasión nos hemos bisbisado nuestras confidencias sobre el asunto, lo que más le gustaría en la vida es no hacer nada, pero, eso sí, estando vivo y no por causa de fuerza mayor. ¡Hombre!, y los dos sabemos que en ese “no hacer nada” van implícitos la contemplación del mundo, la meditación intrascendente y, para decirlo en resúmenes, los placeres todos... en las dosis justas,⁸ como aconsejaba Epicuro.

⁶ Hay foto de la cosa, pero no pensamos enseñársela a nadie.

⁷ Aunque en aparente contradicción, lo que yo expreso sobre nuestro amor por la ciudad que nos acoge viene a ser lo mismo que lo que Julio cuantifica respecto del suyo en el poema *Officium defunctorum*: “... y, al igual que Averroes / en los últimos días venturosos / de su Córdoba amada, me convenzo, / en este áspero Burgos que no amo demasiado, / de que una oscura luz nos guía a todos, / sin excepción alguna, / por los senderos de la eternidad; [...]”

⁸ Así parecen corroborarlo los versos que se citan a continuación, evocadores de un concierto de rock, pertenecientes al poemario de que se trata: “Las espirales de humo que danzaban / a nuestro alrededor, y en nuestros bronquios, / aromáticas, densas / –¡oh generoso incienso magrebí!–”.

A los dos, asimismo, nos encantaría volver a nuestras años jóvenes, pero no para enderezar nada de lo mucho que seguramente nos ha salido torcido, sino para cometer los mismos errores.⁹ Y pagarlos: es el tributo con el que estaríamos dispuestos a contribuir al fisco del purgatorio correspondiente a cambio de una existencia más dilatada. Y en absoluto nos importaría que ese proceso revirtiera en cíclico, esto es, en eternidad. Todo lo cual bien pudiera acopiarse como ponencia en una hipotética mesa de negociaciones para la reforma de la teoría de la reencarnación.

Tanto Julio como un servidor odiamos los trampantojos y trampas en la vida y en la literatura (aunque no estemos seguros de que se trate de dos ámbitos diferentes; pues bien podría la una formar parte de la otra, y, en cualquier caso, resultar intercambiables). Pensamos que lectores y ciudadanos no debieran consentir que, de continuo, se arguya como causa de comportamientos y decisiones lo inexplicado, al pretextarse su inexplicabilidad (por esotérico, misterioso, enigmático, razón de Estado o de alta política, o cualquier otro oscuro motivo). Es lo que ocurre, por ejemplo, con las heroínas de novela que rechazan al bondadoso hombre que las pretende porque, de modo incomprendible, están perdidamente enamoradas del perdulario que ya les ha puesto la mano encima más de una vez. Es lo que pasa, también, con los gobernantes que por no conllevar aparejado trasvase alguno; es decir, de la misma guisa que concibió la virgen por obra del Espíritu Santo.¹⁰

Al rebufo del párrafo anterior, y de que Julio se ha confesado ante la prensa admirador de los poetas de la generación de los 50, deseo descubrirles que, además, es un incondicional de Proust y de la novela francesa en general. Le alabo el gusto, pero los santos a los que yo rezo se llaman Ramón Gómez de la Serna (porque “escribir es que le dejen a uno llorar y reír a solas” y Francisco Umbral (porque “escribir es la manera más profunda de leer la vida”). No podía dejar de nombrarlos (por ser una promesa a mí mismo), aunque pueda considerarse impropio hacerlo en este foro.

Pero, en definitiva, si Julio y yo tuviéramos que improvisar un resumen apresurado de nuestra trayectoria vital y literaria, decididamente lo despacharíamos señalando que estamos en contra del dolor y a favor de la eutanasia, incluso en la forma conceptualizada socialmente como suicidio y en la tipificada como delito en el Código Penal.¹¹

Creo sinceramente que es lo último y más acertado que debería propugnarse en todo discurso. Al menos, lo es en éste, que llevaba camino de convertírseme en eterno. Le practicaré sin más dilación la eutanasia (en este caso, algo tan sencillo como colocar el punto final), no sin antes manifestar públicamente, a la par que mi agradecimiento a todos ustedes por la atención prestada (yo no hubiera tenido tanta paciencia), mi felicitación al amigo: “Julio, ha sido un honor.”

⁹ Vuelvo en mi perorata a estar en aparente contradicción con el poeta amigo en los siguientes versos del poema *La furia de los elementos*: “Fue lento el transcurrir / de aquellos doce años de la infancia / y de la adolescencia defraudadas.” Sólo en aparente desacuerdo: a los dos nos gustaría que nos estafaran de nuevo. Visto desde la perspectiva de la ancianidad, sería un mal menor.

¹⁰ Que conste, pese al tono moralizador del párrafo, que ni Julio ni yo tenemos semejanza (ni física ni intelectual) con Ignatius J. Reilly, el protagonista de *La conjura de los necios*, y que nunca jamás se nos ocurriría decir, parafraseándolo, que este país, el nuestro, necesita teología y geometría, buen gusto y decencia, aun cuando las circunstancias nos llevaran a sospechar que estamos tambaleándonos al borde del abismo.

¹¹ Son nuestras convicciones, y estoy seguro que las de mucha gente. ¿Qué otra postura se puede adoptar cuando se ha realizado ya una andadura larga, sobre todo por quien ha cantado su iniciación al siglo de la forma que sigue: “... celebré con unción haber pecado / y me sentí por fin / serenamente ajeno / a la grey inclemente de los puros?”



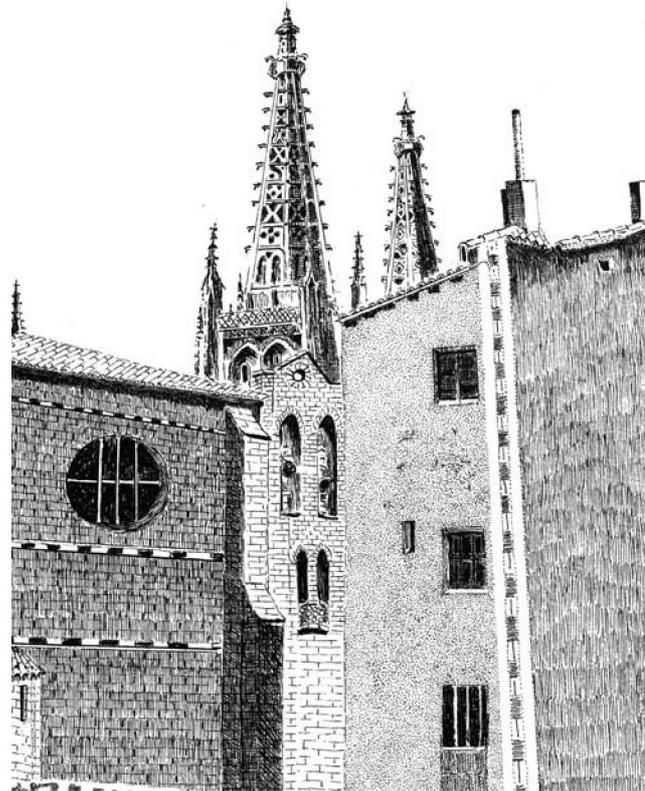
SILENCIO DE PALABRAS

ALFONSO
HERNANDO

Llegara un día en el que estas palabras o algunas
parecidas
se perderán, se olvidarán,
Se pudrirán en el vientre de la historia,
y ya nadie nunca las oirá ni las entenderá ni
temblará con su música, ni llorará su pérdida,
 hundidas en el abismo
 misterioso de su silencio.

Llegará un día en el que estas palabras o algunas
parecidas
se perderán, se olvidarán,
serán sepultadas, escupidas, destrozadas y
finalmente
rescatadas por un labriego ignorante.
Llegará un día en que un sabio las mire y las contemple
y las desolvide
y las designore y las pronuncie.
Dirá “palabra” sin saber qué palabra dice, y, luego,
más abajo,
callará al pronunciar torpemente “silencio”.
Y, todavía más abajo, tal vez sus labios articulen “misterio”
y no sepan qué dicen, mientras un escalofrío satura su alma
de un temblor que no podrá controlar.

Llegará un día en el que estas palabras o quizá otras
parecidas
serán llevadas por ese sabio bondadoso de museo en museo,
de feria en feria,
como titiriteros silenciosos
que la gente conocerá y admirará
 aun sin poder penetrar su misterio.



Llegará un día en el que estas palabras o quizá otras
parecidas
serán diseccionadas y magulladas, heridas y pinchadas
y finalmente,
por un sabio más sabio que aquel bondadoso,
entregados sus signos al mundo.
Y ese sabio dirá
“palabra” quiere decir *palabra*,
“silencio” no es más que *silencio*,
“misterio” era su humilde (y bobo)
misterio.

Entonces todos reirán y clamarán satisfechos: Ya no hay
Misterios,
Ya no nos asustan los silencios, ya no nos molestan sus palabras.
Y todos creerán que han entendido
Todo.
Y pasearán estas palabras o algunas
parecidas
por todas sus plazas
y plazuelas
y se reirán de ellas y dirán: Os hemos desenmascarado.

Llegará un día en el que estas palabras o algunas
parecidas
serán pieza de museo catalogadas
con carteles llenos de palabras
(que nunca podremos entender).

Llegará un día en el que esos carteles
Orgullosos, formados
de palabras
como éstas o algunas
parecidas,
se perderán, se olvidarán
se pudrirán en el vientre de la historia
y sus trazos al final serán
palabras
reducidas
al
silencio,
intacto
su
misterio.



ES LA PRIMERA VEZ

QUE NOS VEMOS...

CARLOS
BOLINAGA

■ Cuando el trabajo y la vida familiar se le hicieron casi insoportables decidió darse un respiro. Pidió un par de días de vacaciones y se fue de viaje. Se fue sólo, con la compañía de su fatiga y del recuerdo de su vida rutinaria y mediocre.

Eligió una ciudad con mar y un hotel cercano a la playa y al puerto. En el hotel le asignaron la habitación número 302, con vistas al mar.

No sabía que por esas fechas había unas fiestas en las que el ron era el rey. En la ciudad había una fábrica de ron y, al parecer, era el aniversario de su fundación. El ron –gratis– corría por la ciudad.

Por la noche, cuando volvió al hotel, el ascensor no funcionaba y subió andando. Entró en la habitación y se acostó. Estaba tan cansado y tan lleno de ron que ni encendió la luz.

Nada más acomodarse entre las sábanas se dio cuenta que la cama estaba ocupada por una mujer; como no estaba en condiciones de pensar se asió a ella. Luego se durmió.

A la mañana siguiente, cuando despertó, estaba solo. Bajó a desayunar y cuando subió a la habitación se percató de que todo estaba limpio, recogido, como si esa habitación no hubiera estado nadie durante toda la noche.

Se cambió de ropa, se aseó y se fue a dar un paseo por el puerto. Comió en un res-

taurante con vistas a los acantilados y observó cómo rompían las olas.

–Esto es paz –se dijo para sí.

Por la tarde los estragos del ron volvieron a hacer su efecto. Cuando volvió al hotel el ascensor no funcionaba de nuevo. Subió andando y se metió en la cama. Esta vez estaba vacía. Le pareció lógico pero a la vez extraño. Apenas había pasado una hora cuando la puerta se abrió y, de nuevo, la mujer del día anterior estaba allí con él.

Por la mañana se encontró solo. Bajó al comedor para desayunar y luego, cuando subió a la habitación, tuvo la misma sensación que el día anterior: Era como si allí no hubiera pasado nadie la noche.

Recogió todas sus cosas y bajó a recepción. Cuando entregó la llave de su habitación, la número 302, una mujer conocida estaba dejando la llave de la habitación 203.

Entonces lo comprendió todo. Se había equivocado de habitación, la mujer con la que había pasado las dos noches no había sido una quimera, una ilusión, un sueño, sino que estaba allí, delante de él.

Ella, al reconocerle –con una sonrisa pícaro– dijo:

–Es la primera vez que nos vemos estando sobrios. ■

APRENDIENDO A ESCRIBIR

Pedro
SONETO IMPERFECTO | GARCÍA TIRADO



Escribir es labor bien solitaria...
Pues a la hoja en blanco entrégome de nuevo,
navegando en el barco de los sueños
rumbo al mar desconocido de mi alma.

Y he de enfrentarme en tales circunstancias
a corrientes y vientos: temporales...
Náufrago de agridulces soledades
tras la meta por mí aún no alcanzada.

No tengo yo la suerte, ni sé dónde
encontrar la belleza fácilmente
mediante el talismán de la palabra.

Mas si no hallo la luz en mi horizonte,
seguiré aquí remando hasta la muerte
en duro forcejeo con la página.



1988. ME EXPULSAN DEL CONSERVATORIO DE BURGOS

PRINCIPIO DEL FORMULARIO | ALEJANDRO
YAQÜE

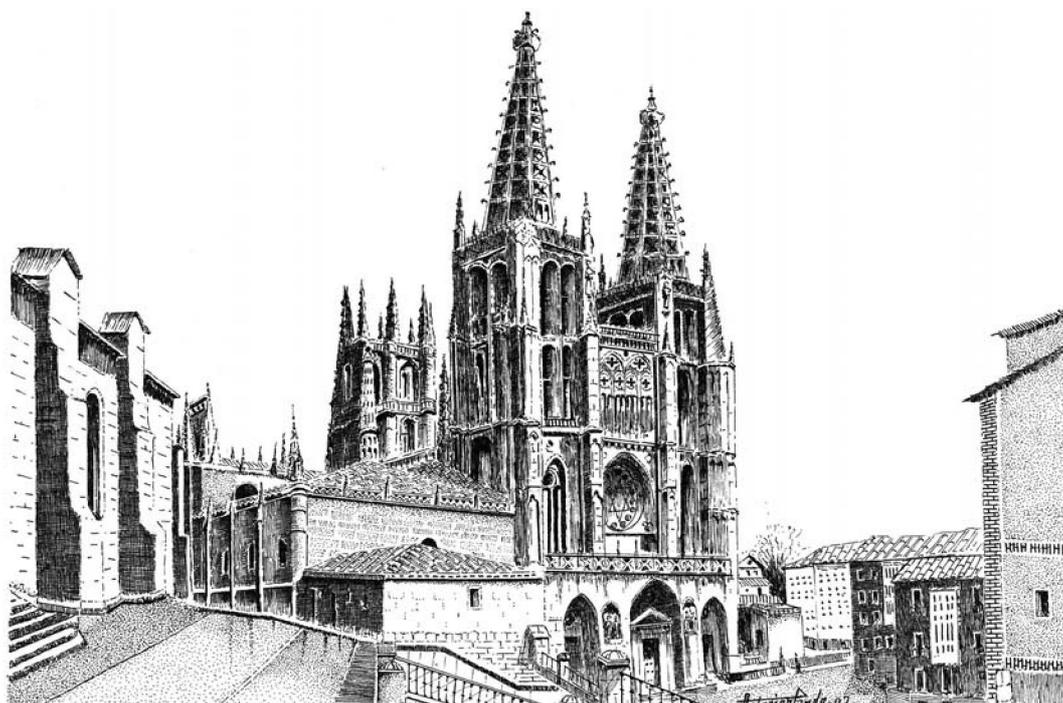
■ Convencido de que me estaban tomando el pelo los partidos políticos por el pánico que tenían al alcalde de Burgos, Sr. Peña San Martín, empecé una batalla con el Ministerio de Educación y me di cuenta de la cantidad de funcionariado cuyo trabajo era poco útil al ciudadano. Para que el lector se haga una idea de los organismos que fui implicando día a día, poco a poco, pongo la siguiente relación:

1. MINISTERIO DE EDUCACION.
MINISTROS DE EDUCACIÓN (Maragall, Solana) durante los años 1988 hasta 1991.
2. SECRETARIO GRAL DE EDUCACION.

3. DIRECCION GENERAL DE COORDINACION Y ALTA INSPECCION. Un organismo del que no comprendí nunca su utilidad y su eficacia. Tuve que insultarle para ver como reaccionaba. Y ya lo creo que reaccionó. Ya lo contaré en su momento.

4. DIRECCION GENERAL DE CENTROS ESCOLARES. La directora General, Carmen Maestro, como veremos, no se enteraba de nada de lo estaba pasando en Burgos (según sus declaraciones en el Senado) y eso que se trataba de un tema de su competencia.

5. SUBDIRECCION GENERAL DE ENSEÑANZAS ARTÍSTICAS.





6. ASESORIA TÉCNICA DE CONSERVATORIOS. El Asesor Álvaro Zaldívar dio la nota, como se demostrará a continuación.
7. ASESORIA JURIDICA DEL MINISTERIO DE EDUCACION. ¿Como es posible que existiera un asesor jurídico con unos conocimientos menos consistentes que los míos tal y como demostró el defensor del Pueblo posteriormente?
8. DIRECCIONES PROVINCIALES DEL MINISTERIO DE EDUCACION EN CASTILLA y LEÓN. La dirección Provincial de Burgos con Antonio Fernández Santos nunca tuvo las ideas claras. Demostró desconocimiento de lo que es un Conservatorio en todo momento. Así lo demostró el Defensor de Pueblo.
9. MINISTERIO PARA LAS ADMINISTRACIONES PÚBLICAS.

10. DIRECCION GENERAL DE REGIMEN JURIDICO.

11. CONSEJO ESCOLAR DEL ESTADO. Se mantuvo muy calladito durante todo el proceso y eso que recibió escritos con acuse de recibo. Demostró una inutilidad absoluta y servilismo a los intereses políticos. Su actuación en este caso fue de vergüenza.

12. JUNTA DE CASTILLA-LEON.

13. AYUNTAMIENTO DE BURGOS.

14. GOBIERNO CIVIL. Se demostró que desconocía lo que era un Conservatorio. El gobernador civil de Burgos lo confundió con una academia municipal de Música decía que la culpa

era del Ayuntamiento.

15. SENADO. El senado demostró que es un organismo de poca utilidad. Pero se planteó el tema allí. Lo llevó el señor Valverde, senador por Burgos.

16. DEFENSOR DEL PUEBLO. Gracias al Defensor del Pueblo se solucionó la cuestión definitivamente. Tuve que llamarle al orden y recordarle su normativa porque tardaba en contestar.

La Dirección Provincial del MEC en Burgos es informada (por el Ministerio de E. en Madrid) de mis denuncias (el Conservatorio de Burgos carecía del obligatorio Consejo escolar) el día 7 de Diciembre de 1987, (Registro de Entrada 29.506. MEC en Burgos) y yo presenté mi denuncia los días 18 y 20 de Octubre del mismo año. En realidad el Inspector



del Conservatorio de Burgos era Don Lisardo Garrote de Pedro (yo creo que nunca se enteró de que tenía que inspeccionar este centro) y el Director Provincial, Antonio Fernández Santos como ya hemos indicado.

Estaba dispuesto a que mi denuncia llegase hasta sus últimas consecuencias y llegé al Senado, en Madrid. Allí, según los datos facilitados por el señor Valverde (Diario de sesiones. Cinta 4. Cara A. Comisión de Educación. Día 8 de Junio de 1988) la DIRECTORA GENERAL DE CENTROS ESCOLARES, Doña Carmen Maestro (otro genio del Ministerio y hoy día, año 2009, Presidenta del Consejo Escolar del Estado) dijo lo siguiente:

“Yo el tema del Conservatorio Municipal de Burgos lo he seguido muy poco y sobre todo el conflicto que surgió concretamente con un Profesor, que estimaba que debía constituirse el Consejo Escolar en ese Conservatorio Municipal. Vuelvo a decir que la iniciativa para convocar un proceso electoral es responsabilidad de la Comunidad Autónoma. ¿Que puede hacer el Ministerio de Educación ante una tardanza de un año y cuatro meses que me parece que llevamos? Yo me comprometo a preparar a mi compañero en la Dirección General de Coordinación y Alta inspección un documento para que le remita a la Comunidad de Castilla-León, instándole a que convoque elecciones. El Ministerio no puede hacer más por lo que a este tema afecta”.

¿Ignorancia o dejación de funciones?
¿Cómo es posible que una Directora General de Centros Escolares que hoy día es nada menos que la Presidenta del Consejo Escolar, dijera esto? Me bastó con acudir al Defensor del Pueblo para demostrar que sus declaraciones eran

pura mentira o pura ignorancia. Y yo me preguntaba: ¿Cómo puede haber tanto ignorante en el Senado español?

Como Antonio Fernández Santos y el inspector del Conservatorio (Don Lisardo) no solucionaban el problema de la inspección en el Conservatorio decidí viajar de nuevo a Madrid para hablar con el Inspector general de Conservatorios Salvador Seguí quién en su día me dijo que el centro burgalés incumplía la ley vigente (Decreto 2732/86). Tenía la intención de cantarle a él las cuarenta. Subí a su despacho en la calle Museo del Prado 28, tercera planta, pero... ¡sorpresa!... ya no era Salvador Seguí el inspector general sino otro genio de la administración con el que me iba a topar: el historiador de música Álvaro Zaldívar.

El nuevo inspector me dijo que el Ministerio de Educación no tenía ninguna competencia sobre el Conservatorio de Burgos. Era la Junta de Castilla y León la responsable. Ante mi extrañeza (ya que la Junta no tenía competencias de Educación en 1988) me indicó que debía ir a solucionar el tema a Valladolid (¿?). Le dije que no me tomara el pelo porque la Junta no tenía inspectores de Conservatorios y por lo tanto no podía inspeccionar el centro. Álvaro Zaldívar me indicó: “Eso es su problema”. Me dieron ganas en esos momentos de insultarle, de abofetearle, y montar un alboroto en el Ministerio porque no podía creer lo que oía. Me pareció todo tan preparado a propósito para que yo desistiera de mi denuncia que me salí del despacho maldiciendo a todo el Ministerio. Juré vengarme de todos.

A partir de entonces se iba a enterar del tema todo el mundo relacionado con la educación. No es de extrañar que otros de los comentarios que se hacían en el

Ministerio de Educación, en Madrid, fuera: "Habría que fusilar a Yagüe". Decidí exponer todo el tema directamente en una carta personal dirigida a José María Aznar, presidente entonces de la Autonomía de Castilla y León. Le rogué que contestase lo antes posible ya que el Partido Socialista me estaba tomando el pelo de forma descarada.

De forma sorpresiva, en una semana tenía un informe de la Consejería de Educación de Castilla y León en el que se indicaba que las competencias de la inspección del Conservatorio de Burgos correspondían lógicamente al Ministerio de Educación ya que la Junta no había asumido competencias educativas. Ese documento se le enseñé al conocido socialista burgalés señor Granada, un político de renombre que debiera haber solucionado definitivamente el tema... pero una persona totalmente inexpresiva y apática. Salí de su despacho con la idea de haber hablado con una persona que estaba literalmente en la Luna. ¿No se daba cuenta este senador de que estaban expulsando de un centro a un profesor por defender la democracia escolar? ¿No defiende el Partido Socialista la democracia? Pues parecía que no. Era incomprensible la situación.

Con este documento de la Junta y con los que fui coleccionando con el Ministerio de Educación tomé la determinación de acudir de una vez al Defensor del Pueblo. Este organismo lógicamente admitió a trámite la consulta sin problemas porque las contradicciones eran evidentes. Después de muchos meses parecía que el tema tampoco iba a resolverse e incluso el Defensor del Pueblo tardaba más de lo normal en solucionar la cuestión: el Partido Socialista se veía acorralado entre sus artimañas.

Mientras tanto, yo conseguí la documentación que esperaba. Todos los Directores Provinciales de Educación de la región confirmaron por escrito que la JUNTA DE CASTILLA-LEON NO TENIA COMPETENCIAS EN LOS CONSERVATORIOS y que la responsabilidad era exclusivamente del Ministerio de Educación y por lo tanto del Partido Socialista.

Quedaba sospechosamente en solitario y ante el peligro de quedar en ridículo, el Director provincial del MEC en Burgos; Antonio Fernández Santos.

(Continuará) ■

BUENA PASTA

SANTIAGO
HERRERA

■ Las puertas del cementerio estaban tomadas por un despliegue de medios: cámaras, entrevistadores con micrófono en mano, fotógrafos. El público pretendía traspasar el muro del camposanto con la intención de abordar a los famosos para conseguir el preciado autógrafo. Los periodistas buscaban unas declaraciones para abrir los telediarios, pues era agosto y no había noticias de relevancia. La expectación era tal que los guardas jurados se empleaban a fondo para mantenerlos a raya.

El motivo de tanto revuelo era la presencia de varios famosos. Se habían convocado allí para acompañar a un productor muy popular que daba cristiana sepultura al cadáver de su madre.

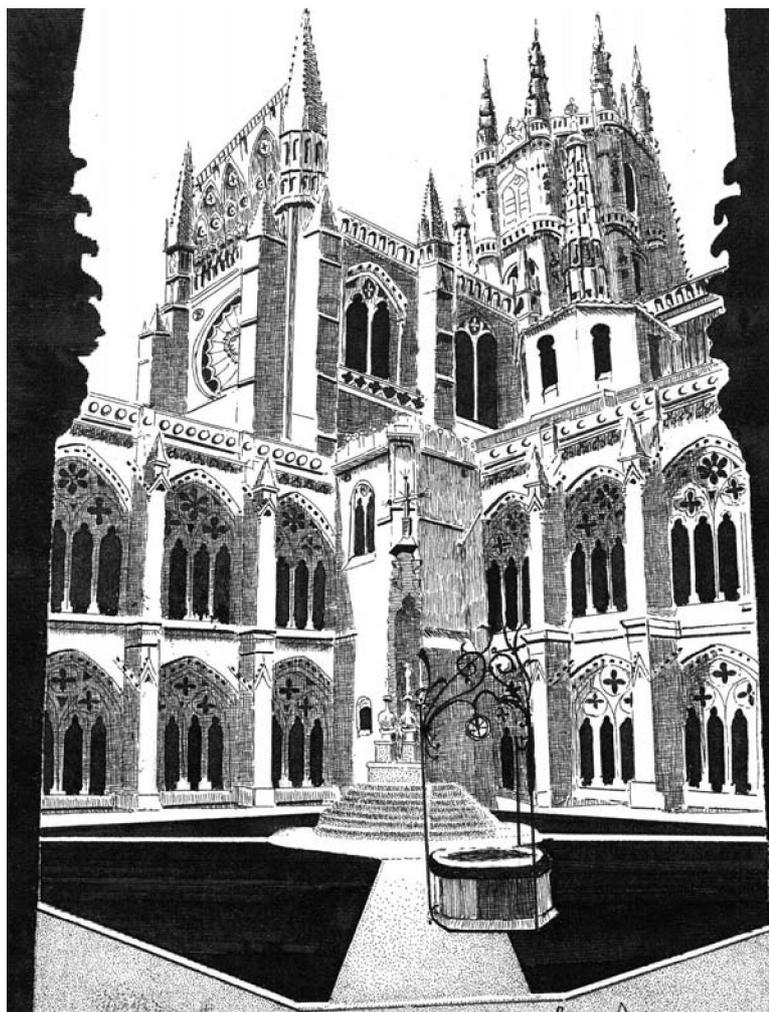
Sebastián se dedicaba al reparto de mensajería urgente, e iba una vez a la semana al cementerio para entregar al capellán unas pastas que elaboraban expresamente para él las monjas de un convento carmelita adonde estuvo varios años ejerciendo de confesor. El sacerdote padecía de flatulencia y estaban hechas con una mezcla de anises y fibras que le iban muy bien para aliviar, en la medida de lo posible, su dolencia.

El mensajero conocía el contenido del paquete y por eso lo trataba con mucho mimo, para que llegase a su destino en perfectas condiciones. Él no pasaba al cementerio por la puerta principal; estaba acostumbrado a hacerlo por un atajo y por eso no sospechaba que hubiera un entierro de alguien tan famoso.

Sabía que al fondo, por el extremo sur, la valla estaba rota. Ese acceso le pillaba muy

a mano por coincidir con el lado de la carretera por el que volvía cuando terminaba la ruta. Desde ahí accedía todos los jueves al recinto. Cruzaba la verja y luego pasaba por las tumbas hasta llegar al camino general.

Como pasaba a menudo, el trayecto por entre las tumbas se le conocía perfectamente. En muchas ocasiones se había parado largos ratos para observarlas. Tantos momentos se entretuvo en leerlas que ya se sabía todos los nombres y fechas escritos en cada lápida.



Era aficionado a las estadísticas. Tenía la media de edad de los muertos, el tipo de tumba que más se llevaba en cada época determinada, el color del material de moda según el año: corrillos de mármol blanco, corrillos de mármol negro, con cruces de piedra, de metal, sin cruces.

Le gustaban las que tenían la foto del difunto, pero esas no abundaban, sólo existía una parcelita pequeña de ellas. Eran las más antiguas y hacía tiempo que se habla fijado en una en especial.

Desde el primer día le llamó mucho la atención una tumba que destacaba por una cruz ancha situada en su cabecera, con una foto en blanco y negro en el medio protegida por un cristal. La fotografía era de una chica joven. Aunque el retrato tenía muchos años, y por eso estaba un poco deteriorado, dejaba entrever que la retratada habla sido hermosa en vida. En la lápida de mármol con letras ennegrecidas se podía leer: "Aquí yace la señorita María del Carmen Furrer Agosta, maestra de escuela, fallecida el 13 de marzo de 1948".

Los jueves eran el día de la semana que cumplía con el servicio, y, dejándose llevar por un impulso inexplicable que le acercaba a la tumba, pasaba inexcusablemente por ella. Le atraía cada vez mas esa foto. Tanto que se aprendió de memoria, idealizándolas y sin apenas darse cuenta, todas las facciones de la cara retratada, a la vez que se le disparaba la imaginación pensando en cómo habría sido su rostro en vida, su expresión, su mirada.

Le impresionó tanto esa borrosa fotografía que no podía dejar de conjeturar. No tardó mucho en dibujar para su memoria unas facciones hermosas, una carita redonda, de tez clara, ojos grandes y azules, mirada penetrante. También, y puesto a imaginar, le puso un cuerpo ideal acorde con la cabeza que habla pensado. Lo archivó en

su memoria como algo cariñosamente familiar, como si fuese alguien a quien conociera de toda la vida, aunque bien sabía que no era real.

Estaba seguro de que si estuviese viva en ese momento, iría a buscarla donde fuera para salir, cenar, ir al cine y empezar una relación seria. Pero sabía que eso era imposible porque la dura realidad le mostraba que ahí debajo no había más que huesos, aunque él se resistía y no llegaba a admitirlo del todo.

Tanta visita, tanta soledad y su caudal de imaginación lograron que llegara a obsesionarse con ella. Esa obcecación era lo único que le distraía de sus once horas de trabajo. Nadie le esperaba en casa y el tiempo que le dejaba libre el reparto estaba totalmente solo. Quizás por el afán de encontrar a alguien con quien compartir su vida, o por el enamoramiento surrealista que produjo en él ese retrato, fue impregnándose de la idea de que la difunta le esperaba en su tumba. Todos los días tenía una cita ineludible antes del trabajo.

Acabó enamorándose como un burro de esa quimera que suponía un espectro hermoso imaginado. De pronto, ese amor dio sentido a su existencia. El trabajo ya no le parecía una carga. El otoño y la primavera tenían un sentido, le parecían hermosos el canto de los pájaros y el azul del cielo. Esta ilusión le transformó. Dejó de vivir impasible para convertirse en un hombre feliz.

El cementerio pasó de ser para él un lugar lleno de piedras a convertirse en un sitio acogedor, lleno de paz. Una gran ciudad donde habitaban miles de almas. Creía que allí vivían todas esas gentes y que salían y entraban de sus hoyos según les apetecía.

Cuando llegaba a la tumba de su amada, ésta salía para recibirle, hermosa, radiante, vestida de blanco. Estaba convencido



de que se ponía guapa sólo para él. También estaba completamente seguro de que le vela, de que olía las flores que le llevaba, de que escuchaba atentamente las palabras de amor tan hermosas que le dedicaba.

Allí se pasaba las horas charlando con ella, contándole la faena del día, chistes, chismes que oía por ahí, política, fútbol. Cuando se está enamorado no se da uno cuenta de que pasa el tiempo, y así pasaron meses, años, hasta que pensó que ese amor debía ir a mayores.

Un sábado tarde de invierno decidió dar el paso más trascendente de su vida: declararse. Para ello se puso su mejor traje. Cuando llegó vio a su novia bajar de las nubes, más hermosa que nunca,

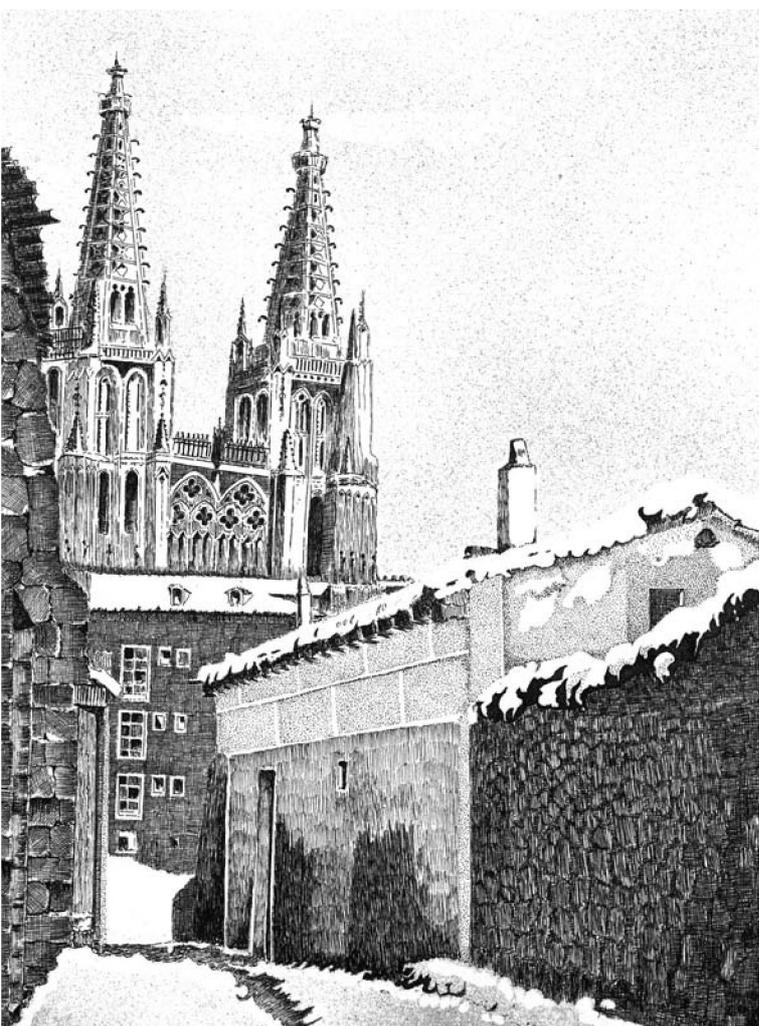
para recibirle. Se sentaron juntos y, después de saludarla con dos besos en las mejillas (en realidad los daba al aire), sin esperar ni un segundo más porque era muy vergonzoso y ese paso le daba mucha vergüenza, en medio de un silencio sepulcral, sintiendo el calor de su prometida al lado, tan hermosa, con ese vestido blanco inmaculado e iluminado, tartamudeando, le pidió matrimonio. Bastaron unos segundos para estar seguro de que ella le había respondido al instante: "Sí, quiero".

Entonces él, pletórico de felicidad, le dijo: "Gracias, mi amor. Te prometo que te haré feliz", y se levantó como loco de la lápida a llamar al sacerdote para que les casara ya mismo.

Al capellán del cementerio no le sentó nada bien que le importunaran, porque en ese momento estaba en el baño comprobando los efectos beneficiosos de las pastas. Ante la insistencia de Sebastián no le quedó más remedio que pegarle un grito: "Tranquilo, que ahora mismo voy". Salió enseguida para atenderle y en cuanto Sebastián, muy alterado y con los ojos saltándole de las órbitas, le expuso el caso, el sacerdote accedió sin rechistar porque ya sabía de los delirios del mensajero. No quiso contradecirle porque estaban solos en una tarde fría de invierno, a punto de anochecer, y sabía que si se oponía a los deseos de un loco éste podía ponerse muy violento.

Sebastián rogó encarecidamente al matrimonio de al lado, fallecidos por un brote de neumonía pocos años antes que su difunta, que accedieran a ser los padrinos. Los cadáveres se levantaron y aceptaron encantados.

El sacerdote mintió e hizo el juego al novio por pura supervivencia. La boda se consumó con las preguntas pertinentes, que Sebastián respondió con sinceridad.



Luego se entusiasmó cuando escuchó con toda claridad las respuestas de los padrinos y de la novia. El sacerdote, aguantándose la risa, bendijo la unión, felicitó a los contrayentes y dijo al novio: «Ya puedes besar a la novia». El marido hizo un quiebro y, torciendo el cuello, sacó los labios y luego la lengua. El cura se mordía la suya para no soltar una sonora carcajada, y, una vez que pudo dominarla, le dijo: «Bueno, ya vale, que ya tendrán tiempo de consumir el matrimonio».

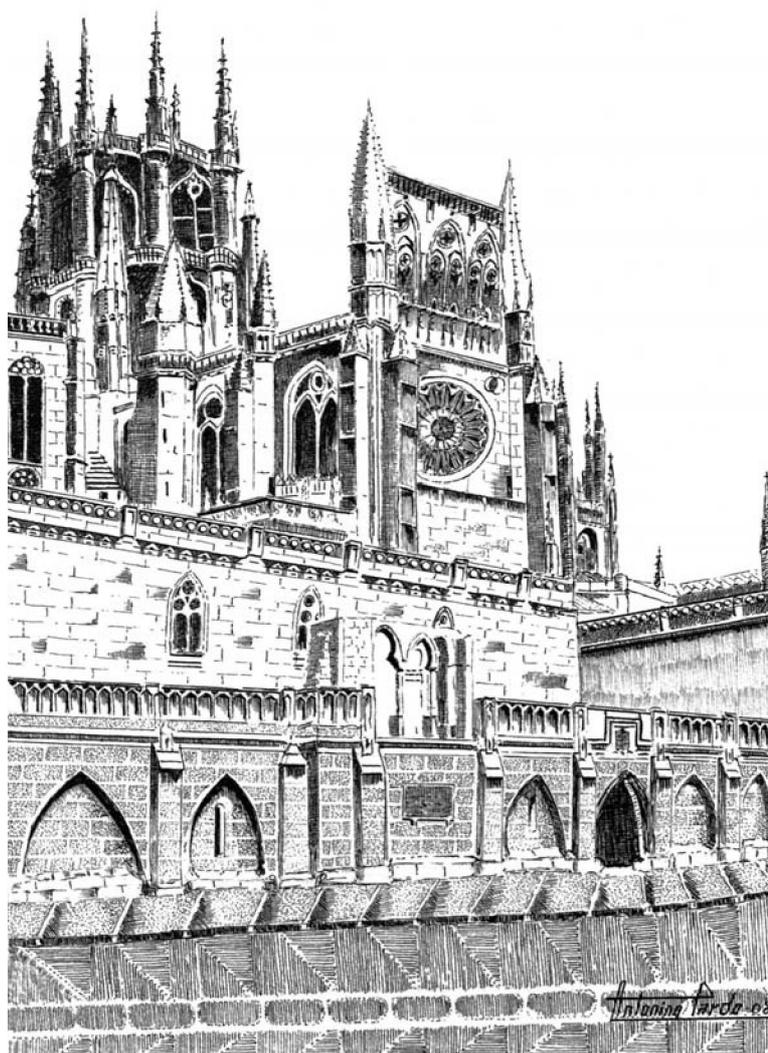
El capellán no quería cobrar, pero el novio insistió en pagar el santo sacramento y le cobró cincuenta euros por ser él. Sebastián estaba completamente convencido de que estaba felizmente casado.

Pero la vida sigue. Había que retomar la normalidad y seguir currando como siempre. En el tiempo de trabajo, al pasar para hacer la entrega del paquete, se quedaba a hablar un rato con su mujer y, a veces, la volvía a visitar si sacaba unas horas libres, aunque luego las tenía que recuperar. Todos los días, salvo los del crudo invierno, dormía encima de la lápida. Si refrescaba se metía en el saco de dormir.

En cada aniversario, el día que se conocieron, el de su nacimiento, el de su muerte, por san Valentín, le llevaba ramos, macetas, tiestos. De tal modo que ésa era la tumba mas florida, hermosa y limpia de todo el cementerio. Exceptuando la víspera de las fiestas de Todos los Santos y San Valentín, en las que unos desaprensivos aprovechaban sus cortas ausencias para robarle todas las flores y venderlas por ahí.

Esos días, los más señalados por cierto, la tumba quedaba limpia de flores y no llamaba la atención. Para que esto no pasara, Sebastián compró un perro de presa con la intención de que vigilara mientras él no estaba, pero el encargado del cementerio se lo prohibió.

Pasaba los fines de semana junto a la tumba. Le contaba a ella lo que había hecho el día anterior, con quién había estado, los problemas del trabajo. Como estaban casados y tenía confianza con su difunta, llegó a contarle sus intimidades, pecadillos y pecados, miedos e ilusiones, gustos y aficiones. Se ensimismaba tanto en las conversaciones que se creía respondido. Oía una voz cariñosa y melosa que le contestaba, que daba consejos o le echaba broncas. Él intentaba no discutir y, por eso, cuando decía algo que no le gustaba a su amada, cambiaba de conversación enseguida.





Ese día, como siempre, se detuvo en la tumba de su esposa un rato para charlar con ella antes de entregar el paquete a su destinatario. Desde allí oyó voces que venían de las tumbas cercanas a la capilla. Enseguida vio una avalancha de gente que seguía a un ataúd dirigiéndose hacia él como un río desbordado. Iban a enterrar a la madre del popular productor cerca de la tumba de su esposa.

En dos minutos todo se llenó de gente: primero los personajes importantes con sus guardaespaldas y acompañantes; tras ellos, una masa de periodistas que pretendían grabar todo el entierro; detrás, una multitud de fans y curiosos. Él fue arrastrado con el tumulto y pasó de estar al lado de la tumba para quedarse fuera de ellas en medio de un montón de personas sin apenas darse cuenta.

Los periodistas no dudaron en subirse a la tumba de María del Carmen y colocar dos trípodes en ella para sacar primeros planos de las paladas de tierra que iban a tapar el ataúd famoso.

Sebastián se quedó un poco aturdido por los empujones y pisadas que le propinaron por todas partes y por eso tardó en reaccionar. Cuando quiso hacerlo ya era demasiado tarde. Desde lejos vio, encaramados a la tumba que él había mimado tanto, a gente mirando, fotografiando, grabando.

Entró en cólera y desde allí se puso a gritar: “insensatos, sinvergüenzas, desgraciados, dejad a mi mujer en paz!”. La gente que tenía alrededor se extrañó y le hizo un corro.

Poseído por una furia descontrolada, arrancó a correr hacia la tumba, empujando por todas partes y propinando chillidos a diestro y siniestro. Muchos de los empujados, perplejos por lo que estaba ocurriendo, perdían el equilibrio y caían

al suelo. Cuando llegó tiró todo lo que había encima de la lápida y a todos los que estaban en ella, provocando que los que calan empujaron a los de delante, y éstos a los de más adelante, y, como estaba el hueco cerca de la tumba de su querida esposa, y como las primeras personas que estaban al lado de él eran las más importantes, fueron ésas precisamente las que cayeron al hoyo.

Enseguida los guardaespaldas de los famosos accidentados reaccionaron. Todos fueron a por él y le redujeron en un segundo. Pero Sebastián, lejos de amilanarse, se enfurecía cada vez más. Como estaba inmovilizado por el pecho y brazos, daba pisotones, patadas y taconazos a quien podía, a la vez que chillaba y gemía como un poseso.

Los otros eran más fuertes y le llegaron a bloquear por completo, por lo que la única defensa que le quedaba era quejarse. Pero tanto se esforzó para quitarse de encima a esos matones, y tantos alaridos pegó que se le acabaron las fuerzas. Entonces sacó la rabia contenida echando espuma por la boca y tornando los ojos como un poseído.

Cuando llegó la policía le vieron tan mal que en vez de llevarle a comisaría le llevaron al hospital. Allí le pusieron en tratamiento psiquiátrico.

Mientras se recupere el amado esposo, es el cura quien deposita flores en la tumba de María del Carmen. Pues el sacerdote tenía remordimientos de haberse reído de ese pobre chico. Además, después de consultar a varios colegas y de contactar con varios videntes, estaba convencido de que el matrimonio que él celebró era perfectamente válido a todos los efectos, sobre todo a los ojos de Dios, y por eso cuida de ella hasta que su marido vuelva. ■



DOS MUJERES

| EDUARDO
| NABAL

■ Es de noche y estoy sentada frente a una foto enmarcada. Es la foto de una mujer enferma. Mi madre. Se fue ya. Ahora ya no está pero te espero a ti. Sé que no llegarás hasta el amanecer pero aún así siempre espero que, por alguna razón misteriosa, te adelantes, rompas las manecillas del reloj atraveses la puerta y llenes el hueco de frío que hay ahora en mi cama.

Es por el día, las ventanas están abiertas y ahora estás aquí, junto a mí, pero duermes profundamente. Has trabajado demasiado. ¿Habrá otras mujeres? Qué más da. Ya compartimos a aquella rubia estupenda que luego iba de Barbie ejecutiva por la vida. Y cenamos con aquel grupo de fundamentalistas que nos decían que teníamos que casarnos para dar sentido a ser lesbianas. ¿Casarnos? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Con quién? Nos queremos. No necesitamos anillos de boda, nos costó mucho tiempo desembarazarnos de ellos.

Vuelvo a mirar a la foto. Esa mujer enferma ahora casi sonrío. Es mi madre y nunca llegó a conocerte más que por teléfono. Sospechas, mensajes en el móvil, susurros, malas caras, miedo a que nos viera juntas en el portal. Y una visita al psicólogo para explicar algo que tú y yo ya abríamos de sobra. Nos habían mentido sobre el amor, el sexo, la vida, el cuerpo y nos costaba creer que ahora esa libertad fuera nuestra. Que ese espacio prohibido, que ese territorio vedado nos pertenecía ¿A nosotras?

Ahora es de día y parece que, de un momento a otro, vas a abrir los ojos. Pero no los abres. Tal vez finges dormir porque has trabajado demasiado y temes que me acerque a ti y que descubra algún olor extraño, algún hedor incómodo en ese cuerpo que conozco tan bien. Nada de ti me asusta. Solo tu ausencia, a ratos y ni siquiera del todo. Mi madre ya no nos vigila desde ese marco porque nos ha visto follar en las posturas más increíbles, nos ha visto afeitarnos el pubis, hablar de nuestras experiencias adolescentes con los hombres, hablar de las famosas en el armario, de las políticas derechonas que son lesbianas y no lo dicen. Pero su expresión no ha cambiado mucho. Una sonrisa que no llega a serlo del todo. Tal vez si viviera no te aprobara. O tal vez sí.

Abres los ojos. Estas cansada y no te despiertas del todo. Te quiero, no vamos a casarnos. Pero hoy es fiesta. Ni siquiera ha abierto el quiosquero refunfuñón, el anciano tacaño de la esquina.

Desayunaremos juntas y luego daremos un paseo tranquilo por los alrededores, puede que llegamos hasta la marabunta del mercadillo y yo te bese, desafiando a la multitud. Pero no te regalaré un anillo. Algo me dice, que esa mujer vieja que nos observa con media sonrisa me hubiera aplaudido por ello. Por no atarme a un anillo, por no comprarte una sortija, por no formalizar nuestra pasión. Aunque no haya llegado a conocerte. Aunque no sepa como hubiera reaccionado. Abres los ojos y ahora sí sonrío. Una sonrisa limpia y completa. ■



ENTRE SEDA Y ANGORA UN SORBO DE TÉ

Luis Carlos
Blanco

*Regresad a la dicha de vuestras moradas, que allí encontraréis
Aquello que la muerte no puede quitaros ni quitarme.*

KHALIL GIBRAN

■ Terminaba el siglo diecinueve, y nuestro grupo, formado por cuatro armenios y dos kurdos, además de un turco que servía de enlace y guía, hollaba en busca del centro de Anatolia, después de haber bordeado el lago Van por el norte, situado en el este de Turquía.

La marcha que imprimíamos nos resultaba sin sobresaltos, la que habitualmente nos conducía por la Ruta de la Seda en dirección oeste; y ninguno de los catorce camellos que conducíamos, todos cargados con voluminosos fardos, nos había dado señales de desfallecimiento.

La ruta estaba muy bien marcada y el tránsito por ella se desarrollaba con normalidad, aunque fuera denso en ocasiones; pero nosotros deseábamos, como otros camelleros, evitar el itinerario principal y la coincidencia con los posibles bandidos kurdos por un lado, y por otro, las persecuciones y matanzas de armenios (cerca de doscientos mil) que el otomano Abdülhamid II estaba infringiendo a nuestro pueblo; así, alejándonos de ciertas coyunturas con poblaciones bañadas por el curso de río Éufrates, nosotros mismos endurecíamos nuestra marcha y atravesábamos las cuencas que semejaban grandes surcos erizados de noreste a sudoeste; todos los vientos y las inclemencias nos acompañaban con saña, pero la estrategia de avance lo exigía aunque el tiempo se alargara.

Una tarde de mayo, mientras un lejano claro mostraba su arco iris y la lluvia arreciaba sobre nosotros, comenzamos a descender de las montañas hacia el cauce del río Kizilirmak, camino natural hacia el centro de Turquía, donde la región de Capadocia se viste con la magia que los volcanes depositaron sobre ella. Pero todavía nos quedaban tres jornadas para llegar a Göreme, donde el griego Zoitakis, gran amigo, nos esperaba junto a otros de la comunidad griega para comerciar, trueques de mercancías, como era habitual desde que los iniciaran nuestros antepasados.

Dos días de negociaciones con Zoitakis dieron sus frutos; pero de éstos surgieron inesperadas empresas que aceptamos, aunque frustraran, durante un tiempo imprevisto, nuestro retorno inmediato hacia oriente, como solíamos, después de las jornadas donde el trasiego de la seda, otras mercancías, y sobre todo los ritos amistosos de té, se realizaba en los almacenes habilitados dentro de las fabulosas oquedades que las rocas de Capadocia nos ofrecían. Los sorbos de té se sucedían mientras la paz común, ese contacto humano entre el turco, el griego, los kurdos y los armenios, alejado de los conflictos surgidos por el egoísmo de ciertos dirigentes, fluía entre las humeantes y compartidas cachimbas, además de las miradas festivas y el intercambio de los cánticos de nuestros pueblos.



Aquellos días eran un verdadero descanso, aún dentro del propio trabajo. Resultaron, finalmente, el concepto balsámico contra la incertidumbre futura: una nueva marcha, y el control de las reatas, por parajes desconocidos para nosotros, hacia el noroeste; se debía a las exigencias del inédito camino que, contraponiendo el habitual de retorno a nuestro pueblo en Armenia, iniciábamos al tercer día por la trayectoria que nos marcaba el descenso del mismo río Kizilirmak.

La primavera sosegaba nuestra marcha, se estaban alejando los recuerdos fríos y húmedos que habíamos sufrido desde nuestra partida en las cercanías de Erevan, así como lo habían padecido nuestros camellos al transportar la carga que nos había llegado de un enlace, como era la costumbre, proveniente de los puertos del mar Caspio en Azerbaidzhan.

Nuestro destino próximo era la ciudad de Angora (Ankara), donde confiábamos, si no surgían contratiempos, realizar un nuevo trueque de mercancías del que esperábamos cargar con un preciado producto: lana de angora que, junto a la seda y otras preciadas lanas, iban a formar la belleza y textura de las alfombras orientales.

En Angora, donde pensábamos que la carga iba destinada al retorno deseado hacia nuestro país, se nos arrimó otro griego que no recuerdo su nombre y nos propuso que tal transporte debía ser llevado a Tracia, ya en Europa. En un principio no aceptamos, pero nuestros socios kurdos, con los que habíamos partido de Armenia, nos convencieron y dejamos a un lado las dudas que podrían embargar a nuestras familias si no regresábamos en el tiempo previsto, pesar que nos dañaba, sobre todo, en esos momentos de persecución al pueblo armenio por parte del imperio Otomano. Éste era nuestro máximo temor durante el porteo al que nos habíamos comprometido por toda la península Anatólica de este a oeste; y después el retorno; pero las ofertas del griego, y su

compañía de apariencia fiable, nos llevaron camino de Estambul y continuar hasta la Tracia turca, puerta de Europa por la frontera griega.

El día que llegamos a Kartal, en las cercanías de Estambul, junio comenzaba su andadura por el calendario. Sentí una satisfacción enorme al ver por primera vez el mar. El pequeño mar de Mármara me parecía una inmensidad, acostumbrado a la superficie acuosa del lago Van que solíamos divisar a lo lejos cuando nos acercábamos, en cada viaje, a nuestra cita con el guía turco que nos contrataba.

El griego sin nombre, conocedor de la gran ciudad europea y asiática, además de la vida que unía a ambas orillas por el estrecho del Bósforo, creyó conveniente soslayar el contacto directo con la metrópoli, así que embarcamos con nuestros camellos en una barcaza que nos esperaba; bordeamos la costa y la embocadura del estrecho, y después de una noche de tranquila navegación, tímidamente recortada por los alminares de las mezquitas y el vigilante torreón de Gálata, atracamos en el embarcadero de Yasilcöy, Turquía europea.

Cuatro jornadas teníamos previstas para llegar a la frontera entre Turquía y Grecia. El griego nos exigió extremar las precauciones; fue sincero y nos expuso el peligro que nosotros, armenios perseguidos por la intolerancia del sultán, suponía para el buen desarrollo de nuestro viaje, durante el cual podíamos suscitar la sospecha de ser espías.

Creíamos que aquellos cuidados eran excesivos, pues ya habíamos adquirido cierta confianza; pero el caso es que el griego insistió y nos impuso transitar por la noche; y en la primera de estas noches, como por arte de magia, desapareció nuestro primer guía turco, hecho que nos creó algunos temores, y de éstos, una suspicacia interna hacia el griego y otros personajes con los que hablaba por coincidencia en el trayecto.



El griego sin nombre notó nuestro pesar, pues así nos lo hizo ver, e intentó tranquilizarnos y nos aseguró que a nuestro regreso, en Angora, recuperaríamos a nuestro amigo y guía turco u otro enlace de la misma confianza, que el trabajo que estábamos realizando era serio y no debíamos temer, aunque nos pidió que habláramos lo menos posible, ya que, aunque nuestro habla turco era correcto, se le notaba cierto acento armenio que nos podía perjudicar ante los oídos de Occidente.

Efectivamente, como el griego nos aseguraba si seguíamos sus directrices, no hubo problemas durante las cuatro noches siguientes de viaje. Con la misma clandestinidad, y de madrugada, cruzamos el río fronterizo cuando el sol emergía entre la bruma que producía una marisma cercana, y entre esta bruma, donde nuestro destino final emergía como caserío fantasmagórico, comenzamos a descargar los envoltorios que portaban nuestros camellos. Éste fue el momento en el que empezábamos a ver la luz, y no la del día inminente que ya nos alumbraba, sino la de la ignorancia con la que habíamos transportado unos bultos que aparentaban la misma forma que los fardos de té, seda, lana... Pero... ¿Qué fin tenían aquellos empaquetados que depositábamos en un almacén lúgubre, donde los cuchicheos en griego y turco nos intuían ciertos tejemanejes de la guerra del opio y la distribución furtiva del mismo en Europa?

Nuestra aclaración llegó cuando el griego sin nombre nos pagó sólo la mitad del dinero acordado y nos prometió pagar la otra mitad en nuestro país, por medio de un enlace armenio que le debía dinero. Eso sí, soltó una paternalista risa, y nos aconsejó que tornáramos en silencio y evitando la luz del día.

Así lo hicimos con grandes dificultades hasta llegar a Angora, donde recuperamos a nuestro antiguo amigo y guía turco, lo cual nos dio alegría y ciertas esperanzas



económicas, pues los cortos ingresos cobrados en la frontera griega se nos estaban yendo en los gastos de regreso. Pero el turco nos torció su morro y nos puso la espalda; únicamente nos dio la cara para pedirnos que, vistas las circunstancias en las que nos hallábamos, le vendiéramos nuestros camellos, que era la mejor salida, ya que en el retorno nos los podían requisar y con ellos quitarnos la vida. Nos pagó una miseria y aún nos descontó un pago, que se sacó de no supimos dónde, por su último servicio como guía.

Por nuestros ojos, los kurdos y los armenios, comenzaron a resbalar unas lágrimas

quedas; era una desazón que esperábamos suavizar cuando llegáramos a Göreme, lugar donde habíamos negociado sin ningún percance durante tantos años y creíamos conservar amigos dentro de la comunidad griega. No nos quedaba duda, si lográbamos regresar a Armenia, no volveríamos a sobrepasar Capadocia en futuros viajes hacia Occidente.

De pronto nos vimos en una situación confusa, quizá era consecuencia del tabaco de las cachimbas, y el sabor del té dejaba un extraño resquemor.

Lo cierto es que parecíamos sumidos en la espiral de una premonición, la futura y dolorosa primera quincena del siglo veinte; y veíamos al sultán de ese futuro, Mehmet V, exterminando a millón y medio de armenios; y nosotros todavía estábamos en Ancora... Debíamos avanzar rápido, llegar a Capadocia, donde nuestro amigo, el griego Zoitakis, nos acogería. No sabíamos qué nos podían haber echado en aquel sorbo de té, porque el destino avanzaba más raudo que nosotros; se nos adelantó al año veintidós, veinticuatro, con Mustafá Kemal (Atatürk), Padre de la patria turca, que terminaba con el Sultanato y el Califato otomanos. Los armenios comenzamos a respirar. Pero, Cuando llegamos a Göreme, durante ese comienzo de los años veinte, la comunidad griega cargaba sus enseres y partía para Grecia; por el camino se cruzaron con la comunidad turca que regresaba de su morada secular en el país helénico. Una vez más, los nacionalismos excluyentes escribían una penosa historia.

–¡Maldita infusión! –exclamaban nuestros compañeros kurdos– ¿En qué situación quedamos nosotros?

–¿En qué año se encontrarán nuestras familias? –nos preguntábamos todos– y nosotros todavía en Ankara...

La contestación semejaba un paisaje bucólico del que emergían resquicios de ciudades y desaparecían a la vez que dejaban paso a mares que surcaban nuestros camellos en libertad. A la imagen le acompañaba una música lejana que resultaba delicia al escucharla.

Sí, la música se componía de unos sonidos relajantes y rítmicos de apariencia onírica; transcendencia emitida por las notas de un ney y los timbales que lo acompañaban, así como unas voces mimosas que se repetían, como declamación poética, entre los sonidos sueltos de otros instrumentos de cuerda, viento o percusión.

Mas de pronto, cuando intentamos arrear nuestros camellos recuperados de la mar y dirigirlos hacia oriente, éstos ya no estaban; y mis compañeros, armenios y kurdos, me sonreían con indefinición hasta que de pronto, con la suavidad de una mano sobre mi cabeza, llegué a comprender que me hallaba en el último año del siglo XX, dentro del santuario de Mevlaná en la ciudad turca de Konya.

Yursel, nuestra guía turca para turistas españoles, me despertaba con aires de reproche por haberme dormido ante tan bello acontecimiento de música y baile sufi, pero puso cierta ternura en su voz cuando me dijo:

–Si has logrado entrar en el mismo trance que los Derviches, o en otra ensoñación agradable, te puedes considerar una persona afortunada.

Me froté los ojos para que viera mi sonrisa agradecida y pregunté:

–¿Cómo ves a los kurdos, Yursel?

No me contestó; pero me dijo que ella descendía de una aldea situada en la falda del monte Ararat, donde Noé varó su arca, junto a la frontera de Armenia y Kurdistán. ■



NOTICIAS CULTURALES

■ Siguen nuestros colaboradores ganando premios y editando libros interesantes, Carlos Contreras Elvira, José Gutiérrez Román, Jorge Villalmanzo, Alfonso Hernando, Carlos Bolinaga, Santos Rivas o Ignacio Galaz, entre otros han publicado textos muy interesantes. También nuestro entrañable colaborador Victoriano Crémer ha conseguido nuevos reconocimientos, como la Medalla de Oro de las Bellas Artes y ha sus 102 años ha publicado un nuevo libro El último jinete, que generosamente ha dedicado a la Biblioteca Pública de Burgos.



Por una vez vamos a dedicar un amplio espacio a las novedades de la Biblioteca Pública. Desde el mes de enero se ha puesto en circulación un nuevo carnet, que tiene utilidad en todas las bibliotecas públicas de Castilla y León, es decir en todos los pueblos y ciudades de nuestra Comunidad, con la ventaja de poder visionar un catálogo de los fondos único y poder sacar en préstamo hasta cinco libros por un periodo de 21 días renovables, además de los consabidos dos discos, películas, revistas, etc.

Es un paso más a la actualización y modernización de la red de bibliotecas públicas de Castilla y León.

En diciembre del pasado año se comenzó a distribuir el Diccionario de palabras olvidadas, prologado por la escritora Blanca Ballesteros, que tuvo una tan amplia acogida que tuvimos que hacer una reimpresión del mismo. En vista de la demanda de seguir recuperando palabras, la Biblioteca Pública invita a colaborar en un segundo volumen del Diccionario de palabras olvidadas, recuperando aquéllas que el paso del tiempo y las nuevas técnicas y modas van relegando al baúl de los recuerdos. Os invitamos a participar en esa tarea de rescate, enviándonos las palabras, con su

definición y un ejemplo que ilustre sobre el significado de la palabra rescatada.

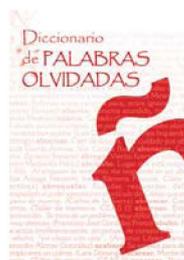
La entrega se puede hacer por correo electrónico:

bpburgos@jcy.es

y personalmente o por correo postal en la Biblioteca Pública de Burgos:

Calle Valladolid, 3 - 09002 Burgos.

Y el plazo termina el 27 de abril.



Para celebrar el Día del Libro vamos a hacer una pequeña fiesta que tendrá como protagonista a La poesía es un Cuento con Javier Gil como protagonista que nos contará sus Cuentos/as (Historias de mujeres).

Será el Viernes 24 de abril, a las 8 de la tarde en la sede de la Biblioteca.



También vamos a realizar un Taller de Cine, dirigido por Eduardo Nabal Aragón, los lunes 30 de Marzo y 6 y 13 de abril, con el contenido "¿Qué sabemos de cine?", "¿De qué está compuesta una película?" y "Más de un siglo de cine".

En los locales de la Biblioteca a las 19,30. Plazas limitadas por lo que hay que reservar plaza. ■



Plaza de San Juan

Nº 38

Marzo de 2009



Junta de
Castilla y León

**BIBLIOTECA
PUBLICA
DE BURGOS**

C/ Valladolid, 3 • 09002 Burgos
<http://bibliotecaspublicas.es/burgos/index.jsp>

DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA:

Carmen Monje Maté

EQUIPO DE REDACCIÓN:

Fernando Ortega

Isabel Oceja

José M^a Izarra

M^a Luisa Mintegui

Mireya García

M^a José Rojo

Carmen Díaz

DEPÓSITO LEGAL: BU 661-1998

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:

Edibur Telf: 947 244 448